

## Silos, durante la francesada

---

Se llevaron al Padre Moreno, al Alcalde Matías Martín y a Don Francisco Zorrilla. El Padre Moreno pidió a Don Fernando que no le abandonase.

Desde el lugar que llaman Alto de Santiago, unos, tomaron, por la tova, el camino de Santa Cecilia, que decían también de Barriosuso, un pequeño lugar en la ladera de la Peña Tejada, y otros, tomaron el camino de Santibáñez, que también le llaman de enmedio.

Ya habían salido casi todos, cuando unos cuantos de a caballo volvieron al Monasterio. Salió a la puerta el Padre Palomero. Era una mañana frísima del mes de enero. No se sabe si amenazaba lluvia o nieve. Para protegerse de ese intenso frío, el Padre llevaba un capote grueso de lana merina, única prenda apta para sufrir en invierno este duro clima silense. Se la quitaron, pero, en cambio, ante las protestas de que moriría de frío, le dejaron una vieja y raída capa, que hacía poco le habían robado a un aceitero, y se alejaron. No habían pasado unos minutos, cuando se presentó el aceitero. El pobre Padre, lleno de resignación, tuvo que devolverle la capa, y quedóse temblando de frío hasta los huesos.

Hagamos una interrupción, mientras el Padre Moreno va camino de Covarrubias y de Burgos, para podernos explicar por qué motivo pudieron llegar a Silos los franceses en esta segunda visita, cuando menos se les esperaba.

En primer lugar, no es de descartar que tratasen de perseguir al Cura Merino, que tan seriamente les estaba molestando. Sin embargo, el oficio del comisionado Varela, ordenaba el registro de los Curas de Contreras y, como veremos después, el de Castroceniza, también. Esto hace suponer que alguien dió un soplo respecto al verdadero paradero de las alhajas del Convento de San Francisco. Las señas eran muy concretas. Había que sospechar y así se supo más tarde—en una imprudencia del lego guardián del Convento de los Franciscanos, el cual se cansó en seguida de quedarse

allí, y pocos días después del inventario se marchó a Castrojeriz, donde hay un Convento de monjas Clarisas a las afueras de esa villa. Se hospedó en casa de un hermano de una de las monjas, que dicen se había hecho muy liberal y amigo de los franceses.

Respecto al robo de las alhajas (que no había tales por la pantomima que vimos se hizo con el supuesto saqueo del cura Merino) del Convento de Santo Domingo, escondidas en Castroceniza, se supone fue obra de las investigaciones del Comisario de Policía de Burgos, un hombre muy afrancesado y en combinación con un tipo de esa ciudad, de no muy clara solvencia moral, llamado Verduras, que anduvo en el Hospital de San Juan, y estando después en el colegio de Estepona, vino nuevamente a Burgos para buscar un pasaporte que debía otorgarle el jefe político. En Estepona supo lo de las joyas por algún benedictino poco discreto, y fue con el cuento al amigo policía de Burgos.

Volvamos al Padre Moreno, a quien hemos dejado al llegar a Santibáñez, camino de Burgos. En ese pueblo hicieron alto. El grupo que llevaba al herido en las angarillas fúnebres, continuó por el camino de Lerma, y los otros dejaron a su izquierda el sendero que conduce a Cebrecos y bajaron a Castroceniza. Es este un pueblo de pastores de cabras y carboneros. Está situado en el fondo de una hoz, no muy profunda, donde discurre el río Ura entre nogales centenarios. Los vecinos de Castro, tenían de antaño un gran cariño al Monasterio de Silos, y profesaban todos ellos una profunda devoción a Santo Domingo.

Cuando entró el Padre Moreno conducido por la soldadesca y el malvado comisionado Varela, comprendió el equívoco y a punto estuvo de no poder contener la risa. En efecto, Varela estaba seguro de encontrar allí el tesoro de Silos.

El cura de Castro se había fugado, pero la criada, ante las amenazas, les enseñó en seguida el sitio donde se guardaban los presuntos tesoros. ¡Qué desagradable sorpresa! Dentro de los cajones no había otra cosa que libretos viejos de poco valor, unas esteras y la gualdrapa de la mula que se llevó el Comandante francés durante la primera visita. Una satisfacción infantil experimentó el buen fraile ante la cara de contrariedad que puso Varela. A punto estuvo este bárbaro de no acogotar al ama del cura, que juraba y perjuraba, y tenía razón, de que allí no había otra cosa.

Llegaron a Covarrubias poco antes del anochecer. En esta villa, con caserío bastante parecido al de Silos, hay un torreón muy antiguo, que acaso provenga de la dominación de los árabes, y junto al torreón, una casa llamada El Palacio, donde habitaba el canónigo, Chantre de la Colégiata, don Francisco Paulín. Era muy amigo del Padre Moreno, por lo que se sorprendió de su detención, y pidió al Comandante le permitiesen alojarse

en su casa; sin embargo, no se sabe por qué causa, hubo de hacerlo en casa del cura. Fue don Francisco Zorrilla el que se quedó con el Chantre. Antes de anochecer, el señor Zorrilla consiguió la libertad, permitiéndosele regresar a Silos, mediante la fianza de una onza de oro, que se comprometió a pagar, apenas pudiera, el Padre Moreno.

El día 28 de enero continuaron viaje a Burgos. Se había desencadenado un temporal de agua-nieve. El viento desabrido del Oeste, que en estas tierras llaman regañón, soplaba en ráfagas terribles, que hacían penetrar la humedad y friura en los cuerpos. Al pasar por Hontoria de la Cantera, hay allí, fuera del caserío, una ermita abandonada, donde se guarecieron los oficiales y con ellos entró el Padre Moreno. Con un poco de leña, calentaron algo de comer y ofrecieron compartirlo con el Padre, pero éste no probó bocado. Se guareció con mucho gusto, para desentumecerse de la larga marcha sobre la mula. Mientras tanto, procuraba enterarse de las conversaciones en francés, entre aquellos oficiales. Muchos de ellos eran padres de familia, deseosos de regresar a sus hogares. Comenzaban a cansarse rápidamente de las ya decadentes glorias del Imperio.

Cerca de Sarracín, en una vega fangosa donde se disolvía el camino por efecto de las lluvias y el desbordamiento del río Ausines, la mula del Padre Moreno, que andaba con dificultad, hundiéndose en el fango, era espoleada por las bayonetas de los soldados, en sus ancas, mientras que al Padre le decían, en francés: ¡Pasteur Brigand! En uno de esos achuchones, la cabalgadura se acostó, y el Padre Moreno quedó bañado en el barro desde los pies hasta la cabeza; pero al fin quiso Dios que llegasen a Burgos, y en ese lamentable aspecto fue presentado al nuevo Gobernador Monsieur Solignac.

Había varios frailes navarros que esperaban un interrogatorio. En una sala desocuparon baúles y cajones llenos de cálices y ropas de iglesia, que rodaban tiradas por el suelo de aquella especie de pretorio. También había otros frailes que esperaban se les concediesen los títulos de administradores o arrendatarios de las propiedades de sus Ordenes extinguidas.

Entre tanto, Don Fernando aprovechó para ir a visitar al Sr. Arzobispo.

Burgos se había convertido en una ciudad afrancesada cien por cien, por lo menos aparentemente. Los Generales tuvieron cierta simpatía por esta Villa del Cid y procuraban mantenerla decorosa e incluso mejorada con la construcción de nuevos paseos, tales como el del Espoloncillo y otras mejoras urbanas y defensivas.

El Comisario de Policía, que se llamaba Romero, al contemplar al Padre Moreno rebozado en barro con su aspecto de haber sido maltratado, no le pareció justo. Al fin y al cabo, Romero era un español a quien to-

davía repugnaba se infiriesen vejaciones a personas con honor sacerdotal. Después le sosegó diciéndole que no había de temer, si efectivamente era inocente.

Tranquilizóse el fraile y recuperando su habitual y segura oratoria habló valiente y firmemente, lo que produjo un efecto rapidísimo en el Comisario el cual llegó incluso a pedirle disculpa dándole a entender que Varela se había extralimitado, y que no debió jamás haber conducido así a un monje que nunca estuvo huído por los montes.

En su interior, el Padre Moreno, que por nada hubiere faltado a la verdad por sus firmes convencimientos morales, si bien fuese para salvarse de los franceses, se veía en un apuro para contestar con evasivas cuando le preguntasen donde se había ocultado la plata, ya que él lo sabía perfectamente.

El Gobernador prefirió dejar el interrogatorio para el siguiente día a las nueve de la mañana.

Pidió el Padre le dejasen ir a dormir a una posada, dando palabra de honor de no evadirse.

Había en Burgos en las proximidades o adosado a la Puerta de Santa María un parador que se llamaba «del Carrillo». En esa posada estaba también desde hacía días el Abad de San Millán de la Cogolla alojado en el desván, bajo la vigilancia de una guardia permanente de Dragones de vista. Todo por el mismo motivo de alhajas y dinero ocultado.

Amaneció, y llegó después el momento de presentarse de nuevo ante el Juez y Gobernador. Había pasado el Padre Moreno una noche de insomnio, inquieto, lleno de duda; en suma, una noche triste, sin encontrar consuelo alguno.

Se encontraba en Burgos ese lego guardián del Convento de San Francisco, el que marchó a Castrojeriz, y al que por su imprudencia al hablar con el hermano atrancesado de la Monja Clarisa se le supone causante de todo este incidente. Sabedor de lo ocurrido, y deseando sinceramente poner a salvo al Padre Moreno le visitó y le dió instrucciones para que acudiese a la posada donde se encontraba alojado el Alcalde Matías Martín, que como sabemos también le habían traído a Burgos en condición de detenido. Se dispuso a declarar bajo su honor en favor del Padre Moreno y a confirmar el saqueo de las alhajas por los brigantes del cura Merino. La intervención del franciscano permitió se pudiesen de acuerdo en las declaraciones.

El Juez les escuchó separadamente, tomando sus respectivas declaraciones y en lo de las alhajas quedó convencido con toda candidez, del saqueo del cura Merino y de la inocencia del fraile en lo tocante a conocer el paradero de aquellas joyas. No sabiendo ya que imputarle

reconvino al Padre Moreno por haber vendido el trigo del Convento al precio irrisorio de veinte reales fanega.

Está V. equivocado, Sr. Juez —contestó el Padre—. Fue a diez y ocho reales, y a menos lo hubiese dado si entonces no consiguiera rápidamente comprador. Veamos. ¿Cómo obraría V. si supiese que iban a ocuparle los efectos de su casa teniendo arbitrio para salvarlos de antemano?. La culpa es de Vs. que en lugar de sorprendernos, se cansaron de anunciar el decreto antes de ejecutarle. Tuve que sacar algún dinero para dar socorro a mis monjes. En resumen, yo soy un simple fraile que obedezco por mi voto las órdenes del Abad. No me he movido del Monasterio, donde he vivido procurando hacer bien a todos y vivir pacíficamente. Interrogado sobre el cuerpo y la urna del Santo, dijo no sabía donde estaba.

Pues yo sí —replicó el Juez—. Esa urna está en Moncalvillo. Váyase Padre en buena hora a Silos y siga cuidando de sus monjes y disuada al cura Merino de las tonterías que esta haciendo.

Todo lo prometió el Padre Moreno, quien no cabía de gozo. Fue a buscar al Alcalde Matías y a don Fernando. Pidieron caballos y, antes de emprender el viaje de regreso, se despidieron de los amigos que se habían interesado, tales como don Rafael Pérez Romo y el Intendente Blanco, quedando, en concepto de todos los afrancesados, como un hombre grande. Es más, le aconsejaron que solicitase destinos, que el Gobierno fácilmente concedería a persona de su valer.

Quiso el fraile, antes de salir de Burgos, ver qué cara ponía el Comisionado Varela. No lo hacía por espíritu de venganza. Nada más apartado de su carácter sin rencor.

El Comisionado, confundido, pidió mil perdones y cambió de color varias veces. Bajó la vista, pero el Padre Moreno, con un ademán amistoso, dándole una palmada sobre el hombro, a modo de la que diera a su enemigo el Capitán Espínola en el célebre cuadro de las «Lanzas», le recordó sonriente que le debía algún dinero por la libertad de Zorrilla en Covarrubias, y le dió media onza de oro, es decir, la mitad de lo convenido.

El día de la Purificación de Nuestra Señora, ya estaba el Padre con sus compañeros en Silos. Se dijo una misa solemne y, además, predicó para el pueblo.

Con estos incidentes, ya pasados, parecía abrirse una era de tranquilidad, sin que los franceses volviesen por Silos. Además sirvió lo del saqueo del Convento para hacer ver al Corregidor de Aranda que entre los papeles incendiados en las hogueras que hicieron los franceses estaban también las listas del inventario que se terminó (si bien éstas se salvaron), por lo que habían de comenzar de nuevo otro inventario. Esto favorecía



grandemente la estratagema, para dar largas, figurando ser necesario un nuevo trabajo. No es extraño —se dijo también al Corregidor— que con estas tropelías las gentes huyan a los montes, y que en la próxima vez, es es que llegan las tropas. el mismo Padre Moreno se vería obligado también a huir. Las incursiones de los soldados franceses sobre estos pueblos se las conocía ya con el nombre de *francesadas*.

Eso sirvió, también, para que no se les pidiese ni un maravedí por el arriendo de la huerta ni por la botica, previas gestiones magistralmente preparadas.

El día 11 de febrero se presentaron unos cincuenta guerrilleros de Merino y se llevaron maniatado a don Fernando, camino del monte, llamándole traidor. El Padre Moreno dispuso le siguiese el Padre Benito Gutiérrez, para evitar hiciesen un disparate, mientras él daba los pasos necesarios que probasen su inocencia. De todo tuvo la culpa, para mayor «inri», el ama del cura de Contreras, la cual interpretó mal el recado, que se había pasado, precisamente; por don Fernando, para salvar a dicho cura cuando llegaron los franceses. El «corre liebres» que lo había transmitido no supo bien explicarlo.

El día 1 de mayo de 1810, convocó el Padre Moreno a todos los monjes, que se encontraban desperdigados por las aldeas vecinas, para decirles que era imposible sostenerse sin rentas y otros arbitrios, y que cada monje debía buscar su medio de vida honestamente.

Hasta ese día todos habían vivido de los bienes de la Comunidad. Se reunieron en una mesa grande, que colocaron en la botica, y comieron juntos; Era una especie de despedida mística de «última cena», durante la cual el Padre Moreno les dijo: ¡Hasta pronto! Les abrazó paternalmente y confió en Dios que un día temprano volvíesen a reunirse de nuevo en el Convento.

Quedaban los últimos dineros y algunas ropas, entre ellas las del difunto Padre Seguí, que, como sabemos, murió en Quintana del Pidio. El Padre Prior de la Casa de Aldea de D.<sup>a</sup> Santos, dió cuentas hasta ese día. Tenía novecientos reales, a favor del Monasterio de Silos, y dos mil quinientos pertenecientes a San Juan. Con éstos se quedó, de momento, el Padre Moreno, con ánimo, después, de devolvérselos al Santo Bautista. El Padre Palomero entregó el saldo o alcance de la botica. Se satisfizo a cada monje su tercio y se repartieron las misas, aunque el gasto desde el mes de noviembre hasta dicho día de mayo no figura en el borrador (6).

---

(6) En el borrador, que es uno de los documentos que he encontrado en el archivo figuran cuentas hasta el día 17, domingo, de dicho mes, y luego se reanuda el domingo 24 de julio de 1814.

El Padre Luis Barrón se colocó en un curato de Astorga. El Padre Puerta, marchó a Portugal. El Padre Sebastián Cayón, quedóse en Santiabáñez, a la vista del Monasterio. El Padre Lesmes Arconada, invitado por el cura de Moncalvillo, marchóse allí, hasta que el cura se cansó de tenerle. El Padre Veremundo Otamendi, se retiró a Barbadillo del Mercado, en casa de la cirujana que había sido criada suya, y allí murió pronto. Los dos hijos de Cardeña, a quienes los monjes prestaron socorro, uno se fue a Aldea del Pinar y otro regresó a Burgos. En el Monasterio quedó el Padre Moreno, como cura; el padre Palomero, continuó de boticario, con su primo, el mancebo de la botica. Había también un pinche para la sacristía, y un cojo encargado de dar fuelle al órgano.

Este entendimiento y unión respetuosa, había hecho posible la conservación del Monasterio, procurando en ese juego tan diplomático (por necesidad, haciendo a dos caras) del Padre Moreno, ganar también la simpatía del cura Merino y sus guerrilleros, para que respetasen el Convento con su huerta y el parral. Incansable siempre este fraile, en confesionario y púlpito, hizo que nunca faltase la palabra de Dios. En los festivales solemnes, acudían los curas de las aldeas, y dentro de la iglesia nada se echaba de menos. Se atendía a los soldados enfermos, y cuando morían se les enterraba cristianamente. Al principio, para evitar dijese que se vivía en el convento, iba el Padre Moreno a dormir a casa de doña Escolástica García, y comían en la botica. Después se preparó una celda en el Monasterio. Procuraban atender a los soldados de Merino y a cualquier pobre o transeunte, y se gastaba y repartía lo que buenamente había. Se dió el caso de estar la huerta llena de hortalizas y la villa llena de soldados, y jamás hubo el más pequeño incidente, vendiéndoles las hortalizas o legumbres que poseían.

En efecto —dice con cierto humorismo el Padre Moreno—, la Providencia de Dios nos va salvando de tres enemigos capitales, a saber: franceses, brigantes y vecinos de la villa, a los que había que añadir el peor de todos los enemigos, que era el cura párroco de San Pedro, don Domingo López.

Un domingo se presentó, sonriente y satisfecho, don Fernando Castro, diciendo: Vengo de Burgos y... Agárrese Padre Moreno, acabo de conseguir de los franceses unas dietas de subvención por el trabajo del inventario. Hemos cobrado dos mil cuatrocientos noventa y tres reales para nosotros y mil doscientos setenta reales para el Padre Gamazo.

El Padre Moreno, emocionado, tranquilizó no obstante su conciencia, porque al fin y al cabo era recuperar lo que previamente les habían usurpado.

En la Cuaresma de dicho año 1.810 llegaron algunas partidas de

franceses, y todas se alojaron en el Monasterio sin causar el menor daño. Un día un Comandante francés salió de caza por los alrededores del pueblo. Apenas se enteró el Padre Moreno corría avisarle y a prevenirle del gran riesgo que corría si llegaba a conocimiento de los brigantes. Aprovechó todavía el fraile esta ocasión para exagerar el número y organización de los guerrilleros que infestaban estas sierras y recomendarle, por su bien, se abstuviesen de venir. El Comandante pagó la estancia con un bono que le sería deducible de la contribución o precio del arrienuo que habían de pagar.

Cuando el Padre Moreno habla del gran enemigo capital del Monasterio, no duda en insistir que era el cura de San Pedro. Este, parece ser, que se frotaba ya las manos ante la perspectiva de quedar el sólo para la percepción de los diezmos, por lo que no se consoló de que el decreto de 27 de septiembre del año 1809, permitiese, también a los regualres, continuar en la cura de las almas. Esta tensión entre los dos eclesiásticos comenzaba a hacerse intolerable. ¡Débil condición humana que ensombrece también las almas de los Ordenados! El Padre Moreno con su natural bondadoso, y enemigo de toda rencilla, quiso dirimir de buena fe por una especie de deslinde bien hecho de las Parroquias esta cuestión, y que los feligreses viviesen en paz.

El cura no llegó a convencerse. No quería ceder un ápice seguro de sus derechos y propuso que esta contienda la fallase la Junta patriótica, prescindiendo en absoluto de las autoridades francesas.

## IX

### Las guaridas de la Junta

Se tuvo noticias de que la Junta provincial de Burgos andaba por aquellas sierras y se escondía en el Monasterio que llaman «Delveinte o Alvente». Aún hoy, es aquel un sitio de lo más oculto de esas montañas, como a dos leguas de Salas entre bosques de robledales, alejado de todo camino. Aquel mismo año de 1810 lo quemaron los franceses.

El sábado 26 de mayo, muy de madrugada, el Padre Moreno y el cura de San Pedro emprendieron juntos el viaje al indicado Monasterio. Fueron recibidos por el Padre Guardián (este Monasterio como los demás se encontraba oficialmente exclaustrado). Explicaron el objeto del viaje. Les presentaron allí a los Sres. de la Junta, don Eusebio Fernández, don José Ortíz de Covarrubias, don Melquiades Ortíz y otros. Después de darles la bienvenida en la celda, el Padre Guardián se retiró.

«Señores patriotas, en quien la nación tiene puestos sus ojos, los



que el día de un mañana muy próximo habréis de regir los destinos de España cuando sea liberada de los invasores que ahora nos oprimen, en vuestras manos ponemos la resolución de un pleito enojoso, que está siendo causa de escándalo entre feligreses —dijo el Padre Moreno— y continuó su oratoria convincente haciendo resaltar las absurdas y egoístas pretensiones del cura don Domingo López en ese monopolio de las almas.

Todos escucharon sin chistar la enérgica y elocuente perorativa que tan hábilmente manejaba el Padre Moreno. En efecto, el fundamento de derecho, que en resumen de cuentas venía a alegar el beneficiario de San Pedro, era el decreto nulo e impío del Rey José Bonaparte, lo que no pudo causar peor efecto ante los señores de la Junta. El cura quedó confuso, y habló muy poco, defendiéndose malamente.

Sentenció don Eusebio Fajardo, que era Magistral de Santo Domingo de la Calzada y Presidente Decano de la Junta, diciendo que nada se innovase ni modificase en las coscumbres de Silos, y que la Iglesia matriz siguiese con sus prerrogativas cobrando todos los diezmos.

Concluido así este Negocio, ya bastante de noche, cenaron juntos y todos se fueron a recoger a sus aposentos. El cura no cabía de rabia ante su humillación y el ridículo que había hecho. Le corroía el insomnio. Se levantó muy temprano. Terminó su misa cuando el Padre Moreno iba a celebrar la suya. Este advirtió el resquemor en la cara del beneficiario.

—He pensado Padre Moreno— —dijo el cura— que la Junta no tiene jurisdicción para juzgar esta cuestión. Es el Sr. Arzobispo el que ha de hacerlo—.

—Pero don Domingo —contestó el Padre Moreno— Vd. es inconsecuente consigo mismo. De modo y manera que nos sometemos voluntariamente a una decisión arbitral, Vd. pierde y ahora dice que no vale. ¡Vamos, señor cura, eso no es moral ni serio!

En realidad, el fraile no temía la sentencia del Arzobispo pero sí le preocupaba el tener que ir a Burgos y que esto sirviese para dar un pregón a franceses y afrancesados. El cura insistía con tesón, manifestando claramente que la Junta no tenía valor en lo que había setenciado. Hasta entonces el canónigo de la Calzada había hablado con dulzura, pero al ver la terquedad del cura, dando un puñetazo en la mesa, dijo: Acabemos. Yo les aseguro que no solamente tengo autoridad de juzgar a Vds. sino al mismísimo Sr. Arzobispo de Burgos.

El cura pidió el dictamen por escrito. No es por mí —manifestó—, Vds. pensarán que soy un irreductible egoísta, pero la realidad es que con mi actuación ya acaudillo una parte de la feligresía de Silos, que de tiempo atrás defiende derechos contra el Monasterio.

A llegar a Silos don Domingo comenzó seriamente a organizar su partido que en seguida se llamó de los Sampedristas. Iba —según dicen— como un hurón de casa en casa para ganarse adeptos so color de defender la Parroquia. «*Mentita et iniquitas sibi!*»

Esta especie de sedición tuvo en seguida repercusiones apenas llegó la festividad del Corpus. Hasta ese día en las grandes fiestas reuníanse en la mejor armonía los curas de las aldeas, el de Santibáñez y el de Hortezielos, dando lustre al culto del Monasterio como si aparentemente nada hubiese ocurrido. Llegado aquel solemne día el Padre Moreno convocó a esos sacerdotes como de ordinario, pero una parte de ellos, influidos por el partido Sampedrista, no quisieron venir.

A mediados de junio se vió el Padre Moreno con una tan honrosa como desagradable sorpresa cuando le dieron a conocer que por sus méritos indiscutibles había sido nombrado miembro de la Junta patriótica. El Padre quedóse pálido, e inmediatamente pensó para sí: —Si no acepto este cargo me tildarán de antiespañol y afrancesado. Si lo acepto destruirán mi Monasterio. Si las providencias que tomaban los franceses eran terribles y sanguinarias para los que favorecían a los brigantes. ¡Qué sería entonces contra los propios miembros de la Junta!— Estos, en efecto eran acosados a muerte, se les perseguía como alimañas, y no se encontraban seguros ni en la espesura de los montes.

Decidió seriamente el Padre Moreno, después de haber pesado el pro y el contra, entrevistarse de nuevo con los señores de la Junta emprendiendo el viaje al Monasterio de Alvente. Al pasar por Castrovido se encontró con don José Ortiz de Covarrubias a quien había conocido, como dijimos, unos días antes en aquel retiro.

Enhorabuena, Padre —dijo Ortiz—. Es Vd. ya de los nuestros. Pasaremos a ser héroes de la Patria.

De momento, el Padre Moreno tuvo duda de volverse contra sus propias resoluciones. Una lucha interior le amargaba. La Junta tenía muchas veces que obrar militarmente, con todas las violencias consiguientes a una guerra de feroces represalias, y, como hemos visto, nada había más contrario en este Padre que la violencia.

Callóse unos instantes, y se dejó conducir por Ortiz hasta una casucha miserable, sin cristales en las ventanas, adosada al monte, al pie de un cerro, donde en lo alto se veía, amenazadora, la torre del antiguo castillo de Castrovido. Seguramente vivía allí para mejor poder huir. ¡Qué precaria situación la suya!

Entraron en la choza. Había un camastro con un jergón de paja y una estera como manta, y todo ello en una cuadra de bueyes. Ortiz de Covarrubias era, sin embargo, un señor importante, todo un caballero, un va-

liente hidalgo de Castilla. El Padre Moreno trató de convencerle que su actuación podía ser más útil a los de la Junta, protegiéndoles como pudiese, de alguna otra forma, que declarándose abiertamente enemigo de los franceses, con lo cual lo único que conseguiría es que éstos quemasen el Monasterio de Silos.

Pues ponga usted a salvo los que pueda —dijo Ortiz— y si el Monasterio perece, que se destruya en buena hora. La patria es lo primero.

## X

### Las convocatorias de Lerma

Hemos regresado por tercera vez a Silos, para terminar este relato. Hace más frío que la vez pasada. Llovía y nevaba. Apenas podía salir de mi celda, que, como dijimos, era la misma que ocupara el Padre Moreno.

Encontré en este viaje a un escultor, antiguo amigo, que hacía diez años no le había visto. Trabajó mucho en la república americana de Santo Domingo y en la isla de Jamaica. Ahora estaban en el convento labrando unas piedras y restaurando los capiteles de la portada que llaman de la vieja iglesia. El delicado grano de esta piedra silense, da a las esculturas la fineza de un trabajo de marfil.

He ganado dinero en América —dijo mi amigo—, pero se gasta también con mucha facilidad. Hay en esas islas un ambiente constante de inseguridad y de revolución. En este cambio de era, en esta convulsión por la que está pasando actualmente la Humanidad, es más efervescente el mar de las antillas. Fidel Castro extiende una influencia enorme en Hispano América. Fidel Castro es un católico de nacimiento; en el fondo de su conciencia, es posible que continúe todavía siéndolo; por eso es más fuerte ahora su resentimiento de hombre excomulgado.

En otra charla, me dijo el escultor: Me gustaría en este capitel que estoy labrando, no hacer un «pastiche». Quisiera encontrar un motivo original, algo que resumiese la enseñanza de este claustro.

Lo encontrarás: cómo no —le dije—. Tienes genio suficiente para ello. Los turistas que el próximo verano lleguen a Silos no reconocerán la diferencia entre tu capitel y uno del Siglo XII. El simbolismo del arte románico es universal y carece de tiempo. Si estos leones, arpas, sirenas y otros monstruos de los capiteles representan pasiones, luchas, debilidades y fortalezas; eso es precisamente el hombre y su obra constructiva. Mira esa figura poliforme. Tiene patas de antílope, cuerpo de ave y cabeza de león. El paso es monstruoso pero el conjunto termina siendo bello. La perfección reside en la síntesis de formas antagónicas. En ellas hay como una final inspiración divina. El arte románico es humilde, anónimo.

Hay en él un hondo sentido místico de comunidad cristiana, de relaciones colectivas de las almas con Dios. En el gótico se llega a una abstracción, si cabe todavía más perfecta, pero el renacimiento y barroco, en el cual aún vivimos retrocede la civilización nuevamente al paganismo. El cristiano desde el siglo XV nutre, aun sin proponérselo, una vuelta al gentilismo, que retrotrae el mundo al Imperio de los Césares. Cuando los nuevos bárbaros terminen transformando esta civilización decadentemente evolutiva nuevas y vivificadoras comuninades de cristianos puros se unirán por necesidad humana y espiritual recogiendo todo lo bueno de la técnica progresiva. Continuarán, acaso, inmensos claustros y monasterios que serán modernos oasis de la vida benedictina. Caminamos hacia otra edad media, como puente para una supercivilización.

Volviendo a nuestro relato, los franceses sin piedad y sin religión abrumaban estas aldeas con sus contribuciones — dice el Padre Moreno—. Las gentes se resistían lo que podían, por lo que no pocas veces era necesario que saliesen columnas de soldados para obligarles a que aportasen a las Juntas de sus Intendencias aquello que pedían, por lo general en especie, como era, trigo, cebada u otros efectos. A ser posible preferían ahorrarse el envío de tropa que se adentrase en estas sierras, pues resultaban frecuentes los contratiempos y bajas que por sorpresa les ocasionaban los guerrilleros. Cuando se veían obligados a ello, para aminorar el riesgo, emplearon el sistema de utilizar rehenes en estas incursiones, que solían ser los curas, los alcaldes y algún pudiente del pueblo, tratándoles muchas veces con el mayor rigor, sin que les importase un bledo el respeto de los unos y el carácter sacerdotal de los otros. Redactaban unos oficios con frases duras y severas, obligando a aquellos infelices a presentarse so pena de enviar una columna para arrasar y quemar el pueblo.

En agosto del año 1810 llegó una de esas columnas a la villa de Silos y a otros muchos pueblos del partido de Lerma para que se presentasen en aquel lugar todos los curas con pretexto de comunicarles una orden. El de San Pedro pudo muy bien haberse excusado de este viaje por no ser el Párroco de la Iglesia matriz, pero no lo hizo así prefiriendo —según dice el Padre Moreno— meterse en lo que no le importaba. En cuanto al fraile pre:extó unas ocupaciones para no ir a Lerma.

El 8 de agosto a las once de la noche, cuando apenas acababa de recogerse el Padre Moreno en casa de doña Escolástica, en donde dormía se recibió un recado del Padre Palomero para que fuese sin perder tiempo a la botica. Allí había llegado el Padre Abad que venía corriendo desde Santibáñez.

Los franceses vienen en seguida. Tengo noticias fidedignas —dijo el Abad—. Estarán aquí antes de esta noche. Vd. Padre Moreno no ha ido a



Lerma, y Dios me perdone si pienso mal, pues en esto debe de andar mezclado el cura de San Pedro.

Tanto insistió el Padre Abad, que al fin el Padre Moreno se decidió a pasar la noche en el monte. Ambos frailes salieron y se echaron a dormir bajo un enebro, en el lugar conocido por las Porqueras, hasta que amaneció. Hay en ese sitio un alto, desde donde se otea muy bien el horizonte del camino de Santibáñez, que era muy largo.

Nadie venía. Todo debió ser una falsa alarma o un error del que había comunicado la noticia al Abad, por lo que cada cual volvió a su residencia. El Padre Moreno, que pasó la noche incómodamente y, además, lleno de sobresalto, intentó en vano dormir alguna hora. Dijo misa y se fue a despejar un rato a la huerta del Monasterio. Apenas llevaba allí unos minutos, cuando entró alocado Fray Fulgencio, el boticario, gritando: ¡Los franceses entran por la puerta de Barbáscones!

El Padre Moreno no tuvo tiempo sino para salir precipitadamente, por la puerta opuesta del pueblo, la que llaman de la Fuente, inmediata a la huerta por su lindero del Este y frente al molino. Da aquella puerta sobre unas frondosas praderas de nogales, y de allí parte un sendero que se interna en la hoz de las aguas que bajan del alto de Peñacoba. El fraile tomó ese camino que también llaman del Parral. La hoz se estrecha hasta no quedar más que dos paredes de rocas casi inaccesibles. En una cueva que consideraba bastante segura, se aculó.

Los franceses quedaron acampados fuera de la villa; y algunos entraron hasta la plaza. Eran unos cuatrocientos entre infantes y de a caballo.

El Comandante se presentó en la botica, preguntando por el cura viejo. El quería decir por el cura de la vieja parroquia matriz; es decir, la del Monasterio, y habiendo dicho que no estaba en casa, bajó Fray Fulgencio Palomero preparado para un viaje, pues estaba convencido que le llevarían a Lerma. Acompañó al Comandante hasta una casa donde se encontraban reunidos los demás Oficiales. Allí se trató especialmente de los brigantes.

El Padre Palomero, procurando conquistarse una simpatía, convidó a aquellos Oficiales a comer, pero no aceptaron, pues solamente podía ofrecerles algo de pescado. Entonces el jefe le dijo si tenía vino generoso, y como, efectivamente, había alguna botella, esto les agradó, y con el fraile visitaron detenidamente el Monasterio, admirando la belleza del claustro. Cuando insistieron sobre el paradero del Padre Moreno, el boticario les contestó que no sería extraño hubiese huído, pues los franceses le atemorizaban enormemente.

Acudieron a casa de doña Escolástica.

—No hemos visto al Padre Moreno desde esta mañana temprano—dijo la pobre mujer—.

—Bueno, pues si no aparece quemaremos su casa y a usted dentro de ella.

Doña Escolástica se echó a llorar amargamente y rogó, por Dios, a unos paisanos fuesen en busca del fraile.

Mientras tanto, salieron con el Padre Palomero a la huerta del Cam-pillo.

No busque excusas —dijo el Comandante al boticario—, usted vendrá con nosotros.

La mayor parte del pueblo había huído a sus escondites del monte, pues esto se repetía a la menor mención de que llegaban los franceses.

No se encontró caballería, por lo que el fraile tuvo que ir a pie hasta Santibáñez, donde había un borrico sobre el cual continuó su viaje a Lerma. Al llegar a esta ciudad, se presentó al jefe militar de ocupación, Este, muy descortesmente, sin miramiento ni respeto alguno, se encaró con Fray Fulgencio, diciéndole de mal talante: Estamos ya hartos de brigantes, pero también de frailes que no obedecen nuestras órdenes ni pagan la contribución, y continuó soltando una retaila de acusaciones e improprios.

El fraile le dejó, impasiblemente, desfogarse a gusto. Después le suplicó le escuchase, diciéndole que él no tenía parte alguna en el manejo administrativo, ni del pueblo, ni del arriendo del convento; que él era, simplemente el boticario. De esta forma se libró de ser encerrado en la prevención. Apenas quedó en relativa libertad, se fue a casa del señor Carazo que era farmacéutico en Lerma. Como colegas de profesión, se conocían, por lo que salió el señor Carazo fiador, consiguiendo se retirasen los dos centinelas que custodiaban a Fray Fulgencio.

A la mañana siguiente, recibió este Padre en casa del boticario la visita del cura de San Pedro.

Venía con idea de visitar al Padre Moreno —dijo el cura—.

La sorpresa no fue pequeña, al encontrar al Padre Palomero. Cruzáronse ambos clérigos una mirada de mutua desconfianza. Poco después llegó un Médico militar francés, que había hecho ya bastante amistad con el señor Carazo.

Todavía no eran las ocho de la mañana cuando acudieron a visitar al Comandante.

•Allons au chateau» —dijo el Médico—.

El Comandante tenía su residencia en el viejo palacio del Duque. Atravesaron un patio señorial, con grandes arcos de columnas dóricas; subieron por una escalera de arquitectura suntuosa, y recorriendo unos

amplios salones llegaron a una estancia, desde cuyos balcones se divisaba, como a vista de pájaro, el valle de Arlanza. En el muro principal, los franceses habían pintado un gran águila imperial, con banderas y sables. Allí tenían un catalejo, con el que seguramente se podría divisar, a lo lejos, los movimientos de los guerrilleros. Las serranías de las Mambblas, las de Tejada, las Peñas de Silos y, al fondo, los Picos de Urbión, cerraban este horizonte. A los pies del palacio se extendía un parque frondosísimo, que surcaba el río, y unos canales de molinos raquileros.

Allí les recibió el jefe militar. Esta vez su actitud fue más acogedora que la anterior.

Puede usted regresar a Silos — dijo el Comandante —, pero bajo palabra de honor de que ha de traernos la contribución.

Procuraré hacerlo. En cuanto a la presentación del Padre Palomero, yo no puedo hacer nada, por lo que le ruego me excuse de esta obligación.

Tan pronto como llegó a Silos y durante el trayecto fue Fray Fulgencio apremiando del pago de la contribución a Alcaldes y curas haciéndose portador de las amenazas de los franceses. Los demás sacerdotes, entre ellos el de San Pedro, quedaron como rehenes en Lerma, y fue un éxito porque de momento consiguió Fray Fulgencio llevasen aquellos pueblos lo que pidieron los franceses, consiguiéndose con esto un respiro de paz, dentro del período de constantes amenazas en que esos pobres lugareños vivían.

Habíamos dejado al Padre Moreno oculto en la cueva, y a unos paisanos enviados por doña Escolástica siguiendo sus huellas. Era poco más del mediodía cuando se presentaron al pie de los escarpados paredones de rocas. El padre oyó el murmullo de sus perseguidores. Le llamaban a gritos, y tembló creyéndose ya perdido, y acosado por los franceses.

Cerca de él andaba una mujer con un niño que también había escapado por esos montes.

Somos del pueblo. No tema Padre Moreno — exclamaron los dos primeros en la boca de la cueva—. Presentese a los franceses. Creemos no le harán daño, pero si obstina en quedarse aquí quemarán la casa de doña Escolástica.

Incendiar la casa. Simple amenaza — exclamó el Padre Moreno—. Decididamente me quedo, y si incendian la casa, qué le vamos a hacer. Primero es mi vida. Vuélvase y digan que no me han encontrado.

Así lo hicieron pero uno de ellos que quedó con él, le condujo a unos riscos inaccesibles. Eran aquellos que llaman de la Peña del Águila, que dá cara a Mamolar, donde se yergue un peñasco enorme en forma de pirámide. Un poco avanzada la tarde descendieron a Peñacoba. El Padre estaba exhausto, transido de sed y de necesidad, porque era día de ayuno

y vigilia, y por la mañana no había tomado sino un poco chocolate, y la noche anterior estuvo como dijimos en vela con el Padre Abad bajo una encina. También iba herido en una mano como consecuencia de un resbalón. Aquella noche se hospedó, en casa del cura de Mamolar, y si bien ya se habían corrido voces de que los franceses se fueron, no decidió regresar a Silos hasta que se recibió aviso con un propio que había enviado el Padre Fulgencio.

Mientras tanto en Lerma los curas reunidos y retenidos como rehenes extrañaron la presencia del de San Pedro. Si Vd. no es el cura principal —le dejaron—, ¿para qué ha venido Vd. aquí?

Comprendieron que el interés por la percepción de los diezmos jugaba allí un papel importante y le reconviniéron con frases suficientes para abochornar (decía el Padre Moreno) a cualquier otro que hubiese tenido más vergüenza. En efecto, aquellos sacerdotes comprendieron el modo irregular como procedía el de San Pedro. Se le veía la oreja como vulgarmente se dice. Según expresión del mismo Padre Moreno quedó ante sus colegas en concepto poco noble. De todas formas no pago mal el viaje, pues los franceses desde Silos se llevaron no poco de su casa. Menos mal que con su tesón consiguió de las autoridades al llegar a Lerma que le devolviesen algunos objetos que le habían sustraído los soldados. Ya de paso también procuró mover unas influencias y obtener de los franceses la orden de ser él el que monopolizara los diezmos y primicias de Silos, como único párroco legalmente conocido.

Cuando el Padre Moreno supo todo esto, y ante el peligro que corría para el porvenir la prerrogativa del Monasterio, se arriesgó decidido a defenderlo, poniéndose, incluso, en la boca del lobo, es decir, bajando a Lerma. Seguro de su elocuencia, una vez más saldría airoso del trance.

Don Manuel, el Abad de la Colegiata, le garantizó en aquella ciudad ducal; pero además, sabiendo que al Comandante le gustaban los buenos vinos, se proveyó de una excelente quina, que todavía se conservaba en un recóndito lugar del convento.

Acompañado del indicado Abad, se presentó al jefe militar. Al principio recibíóle éste seco y friamente, mas habiéndose retirado el Abad y habiendo conseguido iniciar la conversación con unas magníficas copas de quina, el ambiente cambió como por encanto, quedándose el Comandante convencido ante las razones elocuentes del fraile, de tal modo, que le excusó plenamente de la sin razón de no haberse presentado antes.

Comentaron ambos la intolerable actitud del cura de San Pedro. Nos ha sorprendido cándidamente —dijo el Comandante—. Márchese, Padre Moreno; vaya usted de prisa, a decir en Silos que esa orden de exclusividad en la cobranza de los diezmos la he dejado revocada. Puede usted con-



tínuar en sus derechos, y añadió que no había visto jamás un cura tan interesado como ese.

## XI

### Los activistas de San Pedro

Lo relatado anteriormente dió origen a que estas miserias que Dios permite para hacer comprender la débil naturaleza humana, incluso en sus sacerdotes, envenenasen más el ambiente silense.

Efectivamente, sucedió que habiéndose de predicar un sermón en un día de fiesta, juntóse, como tiene costumbre, el Ayuntamiento para elegir predicador, obteniendo el Padre Moreno la mayoría de los votos. Pero «*aluego que lo supo el curita*» (que así se dice textualmente en las memorias manuscritas), mandó un oficio al Padre Moreno para hacerle saber que sólo él era el que había de subir por derecho al púlpito. El Padre le contestó que si bien no tenía especial interés en predicar, ahora no desistiría, so pena de que el Concejo o su Procurador le enviasen una contraorden. Se cruzaron palabras por unos y otros, pero el Ayuntamiento hizo saber que no asistiría al sermón, de no ser predicado éste por el Padre Moreno. El grupo de vecinos del partido Sampedrista, contrarios a Matías Martín, el Alcalde, partidario este último del Monasterio, hicieron correr la voz de que no acudirían a la iglesia para escuchar el sermón y que esa actitud iría a cargo de la conciencia del Ayuntamiento.

Reunidos la víspera en la iglesia de San Pedro, y como quiera que el cura que acaudillaba el partido hiciese algunas insinuaciones contra Martín, el Alcalde, éste no pudo contenerse. Llamóle mentiroso en voz alta, entablándose una larga discusión desde el pie del altar hasta el sillón que ocupaba el Alcalde. Se produjo un escándalo estruendoso, de forma tal, que el cronista comenta: ¿Se podrá creer esto en los tiempos venideros?

El grupo de los Sampedristas, no se sabe por qué, seguramente por bajos intereses locales, había crecido notablemente, por lo que el Padre Moreno perdió al fin la partida; es decir, se quedó sin predicar. Para no estar presente aquel día marchóse a Peñacoba. De todas formas, aun cuando no predicó por voluntad de la mayoría de los Sampedristas, el Alcalde le entregó el precio o limosna acostumbrada.

El cura, ante esta victoria, se envalentonó más y ordenó al Concejo pusiese un memorial anunciando que solamente él era habilitado para cobrar los diezmos y primicias, y que de ahora en adelante todo lo que se diezmasera sería para San Pedro. El Alcalde le contestó diciendo que carecía de jurisdicción para poder publicar esto y que en todo caso entendía que

este asunto era cosa de dirimirse por el señor Arzobispo. Por esta causa mandó también arrancar un anuncio sedicioso que los Sampedristas colocaron en la puerta de la iglesia, y se lo entregó al Padre Moreno. Pero llegóse a más, pues el día de San Valentín, al ofertorio de la misa leyó el cura el mismo contenido del papel, y testarudo en sus principios, trató de llevar al ánimo de sus feligreses, incluso con razones teológicas, su derecho único de percibir los diezmos.

Como estaban en época de recolección, del dicho se pasó al hecho inmediatamente. Los del partido Sampedrista, entregaban sin dificultad los granos. El cura iba de era en era pidiéndolos descaradamente. Si alguno se negaba, o dudaba, al punto le hacía recordar que los huesos de sus padres yacían bajo la bóveda de su iglesia. Dicen que tuvo el valor de pedir el diezmo a Juan Alameda, incondicional que fue siempre del Monasterio de Santo Domingo, llegando, incluso, a prometerle que a su hijo, actual seminarista, haría le otorgasen una capellanía interesante.

El Padre Moreno se vió obligado ante la posibilidad, estando los tiempos como estaban, de perder el derecho del Monasterio de acudir personalmente a las eras. No pocas veces vergonzoso mendiga el diezmo, sufriendo mil desazones, pues hubo quien no quiso escucharle diciéndole que se marchase a su casa porque nada tenía que hacer en la era. De no haber tenido la convicción de que defendía un derecho sagrado de su Comunidad no se hubiese dignado —dice él mismo— recoger un sólo grano aun cuando hubiese valido a onza de oro el celemín de trigo.

El problema principal estaba en como dirimir esta contienda de derecho canónico. Según los frailes del Monasterio no podía quedar impune ese atentado o usurpación manifiesta. Hubiese sido fácil acudir al Gobierno de la Junta Patriótica Provincial, haciéndola ver el desprecio que hizo el cura y los vecinos del dictamen que meses atrás dicha Junta había dado en el Monasterio de Alveinte, pero esto era dar una oportunidad al de San Pedro para que recurriese a los franceses.

Expuesto el caso al Arzobispo de Burgos, éste contestó así:

«Me son sumamente sensibles los atentados del Párroco de la filial de San Pedro, que sin tener derecho a los diezmos, que todos son debidos a la Iglesia matriz que el Padre Moreno administra con mis licencias, los usurpa por la fuerza, pero como quiera que ahora en mí no se halla la suficiente fortaleza para resistir a la otra, quedo con el sentimiento de no poder escarmentar a ese clérigo insolente. Obrando ahora solamente la fuerza, no puede resplandecer la justicia. Es una de las pruebas que Dios nos envía. Firmado: Manuel, Arzobispo de Burgos, a dos de septiembre de mil ochocientos diez».

Hay que tener en cuenta que los franceses habían suprimido los

tribunales eclesiásticos. Las causas canónicas habían de seguirse ante un tribunal que ellos designaron, encargado éste, además, de regenerar los cánones.

Su Ilustrísima (por el Sr. Arzobispo) no obstante sus comienzos afrancesados —decían algunos— rectificó su conducta y trató de defender con energía y con celo las leyes de la Iglesia sosteniéndolas con tesón aún en medio de los franceses a los que sólo en apariencia obedecía. Así, cumpliendo órdenes, retiraba a los frailes las licencias de confesar pero con otra mano se las entregaba de nuevo. En una ocasión la autoridad francesa se dió cuenta de este juego. El Arzobispo tuvo entonces que salir huyendo a Portugal. Este hecho le sirvió mucho para su rehabilitación posterior ante los patriotas. Desde el destierro dió órdenes prohibiendo se leyese en su diócesis ese llamado Impio Decreto del Gobierno intruso que había suprimido nada menos que el Tribunal de la Santa Inquisición.

El Padre Moreno gestionó una nueva carta del Prelado, en la que taxativamente se ordenaba a la villa el pago de los diezmos al convento, como había sido derecho y costumbre. Esta carta la discutió de nuevo el cura de San Pedro, manifestando que el Arzobispo en estos momentos no tenía otra potestad que la de ordenar, pero que debía de abstenerse de intervenir en materia de los diezmos. Por último, llevó también aviso de la Junta amenazando al cura en su día con el destierro si no se avenía a las órdenes de su Superior. Entonces el cura se ríó, apoyado de sus feligreses, declarándose independiente y negándose rotundamente a devolver lo diezmado. Permitiéndose, incluso, algunos chistes durante su predicación en la Cuaresma de aquel año. Un fraile franciscano vino entonces a confesar a los Sampedrístas.

Aquello era —decía el Padre Moreno, muy versado en las Sagradas Escrituras— ciegos conducidos por ciegos, y cumplieron añade— con el precepto Pascual sin remordimiento de su conciencia, no obstante haber pagado los diezmos a quien no tenía facultad legítima para cobrarlos.

El Sr. Arzobispo tuvo que enviar una nueva providencia al cura rebelde amenazando con excomunión mayor a quienes no pagasen todos los diezmos a la Iglesia matriz. Esto de momento consternó al pueblo. Eran terribles las consecuencias espirituales que llevaba en sí la excomunión.

No le valió al cura preparar sus recursos (algunos dicen que llenos de insolencia). El afrancesado don Antonio de Castro que entonces se hallaba en el Tribunal Criminal de Burgos recomendó una transacción entre ambos clérigos para que se repartiesen los ingresos, pero esta solución no prosperó.

Había agitadores en el vecindario, acaso los de más bajo fondo popular que del cura de San Pedro, hicieron su estandarte. Un día vino el

propio Vicario de la Diócesis portador del Decreto de Excomunión. Esie iba dirigido tanto contra el cura como contra varios vecinos que abierta y públicamente se habían negado a pagar los diezmos al Padre Moreno.

## XII

### El motín de los excomulgados

Fue una fecha tristemente memorial, incomprensible en estos momentos. ¡Qué duras pruebas, vuelvo a decir, tiene a veces por que pasar la Iglesia! Mil veces peores que las más encarnizadas persecuciones, pues de estas últimas sale más purificada. Fue el 27 de octubre de 1811. Por suerte se hallaba en el pueblo un fraile de Santa María de Nájera, hermano del Padre Moreno, muy inteligente y tan diplomático como aquél. Durante la misa se leyó la excomunión de cuarenta personas si en el plazo improrrogable de tres días no se satisfacían los diezmos a la Iglesia matriz.

Hubo una sacudida general seguida de un murmullo por lo bajo y aun se dijo que una mujer que allí estaba y que había sido criada en otros tiempos del Vicario se levantó arisca, y excitó a los demás para que atropellasen a su antiguo amo. En la fecha siguiente, día de San Simón se notificó incurso en las censuras al propio cura, pero se esperó a que celebrase misa.

Para esta ceremonia llegó también el Parroco de Contreras. Era este último un hombre fornido, de pelo espeso, alto como un gigante y con fama de ser muy valiente. Temiendo represalias acompañó al Vicario hasta la casa del sacerdote censurado. Eran las tres y media de la tarde.

Allí quedó el cura Don Domingo, con el terrible peso de la excomunión, privado de todos los derechos que llevaba en sí el anatema.

Pasaron bastantes minutos. Ya habían regresado a la botica del Monasterio.

Dicen que las dos criadas del cura excomulgado salieron alborotando por el pueblo diciendo: ¡Nuestro amo ya no celebrará la misa en San Pedro! Seguidamente llegó el ex-cura a la botica pálido y fuera de sí advirtiendo que no se le culpase de lo que podía suceder.

Entre tanto oyose una gritería subversiva, que avanzaba desde la Plaza por la calle principal camino del Monasterio. Los más gallitos se acercaron, y llamando al Padre Moreno le dijeron: Ande Padre, a las eras, a ver si cobra Vd. la última lenteja de sus diezmos.

Apenas habían salido del arco, cuando comenzaron a entrar más



amotinados en el corralón. Por suerte allí estaba armado un soldado del cura Merino, llamado Marcelino, y que era natural de Cortes en las cercanías de Burgos. Desenvainó su espada bajo el arco, e impidió que entrasen. El gentío entonces caminó calle arriba, y rompieron o forzaron las puertas de los convecinos amigos del Monasterio apedreando sus ventanas. Voltearon las campanas de San Pedro e hicieron correr la voz de que iban a prender fuego a la botica, con cuyo intento bajaron de nuevo hasta sus vidrieras. El cura de Contreras colocóse en una de las ventanas apuntando con un arma de fuego y amenazando dispararía. Contentáronse por ahora los amotinados con insultar al Padre Moreno, diciendole: ¡Ande, Padre, ande, toque Vd. el chiflo del capador!

No fue poca suerte que comenzase entonces a chaparrear, por lo que al mojarse las cabezas aquellos alborotados fuéronse, de momento, despejándose un poco. Muchos corrieron a refugiarse en sus casas. Entre tanto unos revoltosos lograron desarmar al soldado del cura Merino y le hirieron en una oreja. Este pudo huir, y como veremos más tarde, dar conocimiento del hecho a don Jerónimo.

Sosegados los ánimos, ya de noche, entraron en el Monasterio por la puerta de la fuente, Don Rodrigo y Don Benito Guerrero que vivían en casa de Don Felipe Martínez. Este último era muy afecto al Padre Moreno y le había servido de correo para ir a Burgos varias veces, incluso durante la noche en el asunto de las excomuniones. Conocida esta intervención por los Sampedrístas, un grupo de amotinados fue a buscarle a su casa. Se dió cuenta a tiempo refugiándose en ella y atrancó la puerta principal que ya comenzaban a tumbar a hachazos. Subió presuroso al tejado y por la parte de atrás, descalzándose, previamente, saltó las cuatro varas de altura que había hasta el corral consiguiendo huir hacia el monte, donde entre cantos y abrojos, los pies ensangrentados, se internó sin ser visto, alcanzando ya muy de noche el camino de Carazo. En aquel pueblo le prestaron unos zapatos y continuó hasta Vilviestre del Pinar porque en ese lugar, esos días, estaba reunida la Junta Provincial a la que dió conocimiento de lo que ocurría en Silos.

En el convento donde se habían reunido con el Vicario no pocos sacerdotes y algunos paisanos, se encontraban todos asediados y cercados por los rebeldes, quienes, además, tomaron los caminos. Faltaban víveres, por lo que se pensó en alguna estratagema para poderlos proporcionar. Uno de los sitiados consiguió salir por una esgueva, hasta el molino, volviendo con vino, carne y chocolate. A punto estuvo de haber sido detenido en el alto de la cabreriza.

El Vicario les manifestó la necesidad absoluta que tenía de regresar a Burgos, y animado por la actitud muy valiente del cura de Contreras.

pusieron el hecho en práctica. Escondió dicho cura una buena carabina bajo su manteo y con paso firme, llevando una caballería sujeta por la brida, abrió la puerta. Mirando osadamente a los centinelas, preparó el intento de evasión. Mientras prospectaba la salida, el Vicario quedó discretamente oculto tras de la puerta.

No había dado más que unos pasos, cuando unas mujeres con cuchillo en mano se proponían hacerle frente, insultándole con palabras soeces y amenazando que le iban a matar. Al ver esto el cura, paróse en seco, y fulminando con su mirada a aquellas furias, desembozó su capa, cogió la carabina y apuntó al grupo, diciendo con voz tremebunda: Atrás, malditas. A ver quien es de vosotras la grandísima... que se atreve a tocarme, para que yo lo ensarte con un balazo. Se intimidaron de momento, pero el caso es que los sitiados no pudieron todavía intentar la salida.

Durante todo ese día estuvieron los amotinados de una a otra parte, temerosos de que a causa de una espesa niebla el Vicario se les pudiese escapar.

Los viajeros que, por casualidad, llegaban, retrocedían en seguida atemorizados, proclamando por toda la región la situación caótica de Silos.

Por la tarde, se acercó un destacamento de soldados de a caballo, de don Jerónimo Merino. Gracias a ellos el cura de Contreras pudo escapar hacia su pueblo. Sin embargo, aquellos guerrilleros apenas pusieron a salvo dicho cura, sin tratar de restablecer el orden, continuaron su marcha hacia Hinojal.

A todo esto, los rebeldes se iban reuniendo en mayor número, más numeroso el grupo de mujeres provistas de piedras, palos y cuchillos. Envalentonados ante la retirada del cura de Contreras y de los soldados de Merino, se disponían a dar un asalto al Monasterio, pero entonces Fray Fulgencio apareció en una ventana con otra carabina, que, aun cuando dicen estaba inservible, mantuvo a raya aquella plebe revolucionaria. Se consiguió, sin embargo, una tregua. Unos comisionados con bandera blanca entraron en la casa, y salieron poco después acompañados del Padre Rodrigo, el ricjano, que vino de Nájera y que hemos dicho era hermano del Padre Morenc. No se recuerda exactamente qué discurso o qué razones pudo darles este nuevo fraile, el caso es que poco después, mientras todavía se oían algunos insultos hacia su hermano, empezaron a escucharse gritos que decían: ¡Viva el Padre Rodrigo! Sin embargo, todo continuaba en la mayor confusión.

Los golpes iban dirigidos principalmente contra el Vicario, por lo que, en previsión del asalto que se temía inminente, se le escondió en el hueco de un «zaquizami», donde aguardó como un lapidado, mientras el

Padre Moreno se fue a la iglesia, con intención de esconderse él allí, también en la misma urna de la momia del beato Rodrigo. Entre los gritos de los amotinados, se llegaron a excesos tales como blasfemar contra el Santo.

Mientras tanto, ya se había conseguido entrevistar al hermano del Padre Moreno con el cura excomulgado. Fray Benito, que asistió a la entrevista, logró entrar en el convento después de ésta, por la puerta de la fuente, siendo portador de planes o pactos de arreglo. Aquello fue una especie de «cese el fuego». Llegó con oportunidad, porque ya los amotinados habían comenzado a romper las vidrieras de la botica, obligando a parapetarse a los que estaban dentro, para no ser heridos con las piedras que soltaban. Otros comenzaron a derribar la puerta principal. El jefe de aquella chusma era un mocetón, hijo del mesonero Baltasar, y que al principio de las guerrillas se había echado al monte, para unirse con los brigantes de Merino.

¡Qué queréis de nosotros — dijeron los sitiados—.

Estamos dispuestos a firmar la paz, siempre que se nos entregue al Vicario —contestaron éstos—.

El Vicario es un huésped y los huéspedes tienen carácter sagrado en los Monasterios Benedictinos.

El fraile de Nájera llegó al convenio con el cura censurado de que los diezmos se repartirían a partes iguales, e incluso se dejaría algo más al de San Pedro, con el fin de que atendiese el entretenimiento de la fábrica de la Iglesia. Automáticamente el Vicario diría el levantamiento de la excomunión.

Se aprobaron estas condiciones consiguiendo el cura apartar a los rebeldes. Pocos minutos después se habían calmado. Lo pintoresco del caso fue que tras de un largo silencio se formó un nuevo grupo que gritaba con entusiasmo: ¡Vivan nuestros dos curas, Don Domingo y el Padre Moreno! El motín había terminado. Al día siguiente el Padre Benito diría una misa en la Iglesia de San Pedro, en el altar de Nuestra Señora del Mercado. Reinó después gran alegría y todos abrazados recorrían las calles chillando constantemente. ¡Que vivan, que vivan nuestros curas!

En medio de estas frivolidades terribles o gamberristas que pudieran causar una honda depresión cristiana en espíritus no bien formados, muchas gracias se podían dar a Dios de haberse evitado un día luctuoso en el pueblo. Por suerte no se derramó más sangre que la de la oreja cortada al soldado Merino.

Algunos criticaban que un hombre del honor y de la sabiduría del Padre Moreno, hubiese capitulado ante unos amotinados a los que capi-

taneaba el hijo de un mesonero, sin embargo, todo resultaba bueno ante la pacificación evidente del pueblo.

El Vicario pudo salir, por fin, camino de Burgos. Quedó tan pálido y abatido del susto, que hay quien dice que desde entonces no tuvo día bueno, y murió un año más tarde.

Pocos días después recibió Martín el Alcalde, una buena reprimenda de Don Jerónimo Merino. Avergonzado éste de lo ocurrido pensó hacer responsable al Alcalde, diciéndole que se le pasaría inmediatamente por las armas si otro alboroto volvía a producirse. Todo el mundo sabía que Merino hacía cumplir sus ordenes inexorablemente. El aviso que pasó al Alcalde terminaba así: «Mira bien alcalde lo que haces, que te lo dice el cura Merino».

Quedaba por solucionar la cuestión canónica del levantamiento de la excomunión. Con relación a esto salió un recadista para Burgos que regresó al día siguiente siendo portador de las licencias episcopales para poder absolver al cura de San Pedro, si bien es verdad que en la coleta de la absolución se hacía constar siempre y cuando en el término de ocho días devolviese los diezmos que había cobrado, ya que de otra forma habría de continuar excomulgado.

El día de los Santos se le dió públicamente la absolución y después dijo misa en el Monasterio. Sin embargo, no se permitió que a la procesión de las Animas acudiese ni el cura ni el Padre Moreno. Esto último significaba un acto público, y por orden del cura Merino quedaban ambos como arrestados dentro del Monasterio.

Por su lado la Junta envió una orden severísima firmada por un miembro de la misma, natural de la región pinariega y que se llamaba Pedro Gordo, convocando para el día 8 de noviembre en Vilviestre del Pinar a ambos sacerdotes.

El de San Pedro y el Padre Moreno, llegaron efectivamente a Vilviestre, para serles comunicadas las órdenes de la Junta, la que acordó que tanto el cura como el fraile saliesen de Silos. El primero, residiría en Ciruelos de Cervera, pueblo situado en una meseta alta de este mismo contorno. El Padre Moreno anduvo entre Carazo y Aldea del Pinar.

Algunos decían que el cura continuaba excomulgado, pues no se tenían noticias de que hubiese restituído los diezmos. Muchas gentes escrupulosas en Ciruelos de Cervera, no se atrevían a oír su misa.

Silos iba entrando en normalidad. Un día llegó allí un grandísimo majadero —que así se describe en el manuscrito de esta memoria silense—. Se llamaba Pablo Gete, natural de Silos, y que ya había recorrido un poco de lo que ahora decimos conocer mundo, unido a la partida de guerrilleros del cura Merino. Era uno de los gallitos de la guerrilla, muy valiente y



muy amigo de cortejar a las mujeres. Un día se puso a charlar, probablemente requiriendo de amores a una de las criadas del cura de San Pedro. Acaso, para ser menos imaginativos, solamente se estaba despidiendo de ella. Mientras este coloquio sucedía, se apercibió que le estaba observando desde una ventana próxima Fray Fulgencio.

A mí no me espía nadie —dijo el soldado— y cogiendo rápidamente su fusil apuntó a Fray Fulgencio, quien apenas le dió tiempo a retirar la cabeza, cuando una bala se incrustó en el marco de la ventana. Este fraile, que era hombre comedido y enemigo de buscar complicaciones al pueblo que tan necesitado estaba de paz por todos los conceptos, no quiso decir ni una palabra, pero para despejarse un poco de la emoción que le había producido el peligro tan cercano que acababa de correr, se fue a dar un paseo en dirección a las cuevas del parral, con su buen amigo el cirujano Zorrilla. Alargáronse en su recorrido hasta Peñacoba, donde, ya casi de noche, bebieron unos vasos de vino.

Era difícil ocultar estos hechos, por lo que, al regreso, hubo quien no creyó que el disparo fuese casual, y por unos momentos comenzaron a exasperarse los ánimos entre los Sampedristas. Así fueron pasando los últimos días del otoño y los primeros días invernales.

Es lástima que el Padre Moreno se hubiese obsesionado, casi apasionado, tanto en este asunto de los diezmos. El, un espíritu tan diplomático, tan elevado, como le hemos venido contemplando a lo largo de este relato, no tuvo visión clara en el asunto de las excomuniones. Bien es verdad que el Padre Moreno, tolerante y flexible, inteligente y de fondo bondadoso, creyó un deber no sólo por interés de que el Monasterio no perdiese sus prerrogativas, sino porque el ceder a las pretensiones del cura, basadas éstas en los mismos principios antirreligiosos que importaban los invasores, suponían debilitar la autoridad eclesiástica en su jerarquía, cuya férrea disciplina era el principal pilar de la unidad de la Iglesia. En esto no podía transigir el Padre Moreno. Tenía que llegar hasta el final. Por otro lado, su actuación quedaba en entredicho, porque la pena que impuso la Junta y el cura Merino le afectaba a él igualmente.

Había de seguirse un juicio para esclarecer estos hechos y ser la Junta la encargada de nombrar los Jueces. Un especial interés tenía el Padre Moreno en ello. Sin embargo el pleito resultaría complicado; en primer lugar, las comunicaciones con la Junta eran difícilísimas, ya que estando aquella perseguida por los franceses como alimañas en el bosque se veía en la precisión de ir huyendo a cada paso de la ceca a la meca sin residencia fija. El correo que para los efectos de comunicar con la Junta nombró el Padre Moreno fue Fray Guerrero. Era un castellano duro aclimatado a estos contornos. No cesó de recorrer en lo más crudo del in-

vierno los caminos de la sierra, andando de noche, escondiendo sus objetivos con el mayor sigilo y corriendo no pocos y peligrosísimos encuentros. El Padre Moreno le pagaba los gastos, que no fueron pocos, pues entonces a causa de la escasez todo tomó un precio como nunca se había conocido.

Fue menester esperar el 12 de febrero de 1812 para que una comisión aceptase la instrucción del sumario. Admitió hacer de Juez el alcalde de Barbadillo y para esto le ayudó mucho un soldado guerrillero, muy versado en letras porque había sido estudiante en Salamanca. Con la ayuda de un escribano se completó un sumario en el que no faltaron minuciosas declaraciones de no pocos testigos presenciales del motín. Si bien estas actuaciones eran de oficio costaron mucho dinero al Padre Moreno, ya que tuvo éste que sufragar las dietas y manutención de los instructores durante su permanencia en Silos.

La Cuaresma de aquel año empezaba el 12 de febrero. El Padre Moreno pidió permiso a la Junta para que le permitiese bajar a Silos a predicar sermones. Aprovechó el estar la Junta esos días instalada en Peñacoba. Fácilmente le otorgaron el permiso con un oficio dirigido al alcalde para que se respetase al fraile sin causarle daño ni impedimento alguno. Llegó éste a Silos después de tres meses de ausencia el mismo día de las carnestolendas.

La auditoría de Barbadillo había terminado poco después el sumario que hubo que presentar a la Junta. Esta ya se había instalado en el pequeño pueblo de Grado, en la sierra de Ayllón a 8 leguas de Aranda.

Quiso el Señor —se lamentaba el Padre Moreno— que fuésemos probados con un desgraciado hecho que dejará huella en la Historia de España.

En efecto, el sumario fue presentado a la Junta la víspera misma de ser sorprendida en Grado. A tres miembros de la misma que consiguieron coger los franceses fueron conducidos a Soria y pasados por las armas. Se les ocuparon todos los documentos entre los que figuraban los del sumario del motín de Silos que todavía no se había desenvuelto.

Don Mauricio de Pedro Gordo, Don Ramón Ortega y Don José Ortiz se encontraban oyendo misa cuando los franceses ocuparon el pueblo por sorpresa. Cercaron la iglesia y no teniendo otro escondrijo que las bóvedas del templo allí subieron para ocultarse, pero los soldados registraban hasta el último rincón. En ese rebuscar por los desvanes se les apagó el candil. Un momento se creyeron a salvo aquellos infelices, pero

al fin dieron con ellos, y fueron ajusticiados en Soria el día 2 de abril del año 1812. (7)

El Padre Moreno recibió un oficio de la nueva Junta, rogándole honrase la memoria de esos mártires con una oración fúnebre predicada por él.

Era una nueva deferencia que se hacía a este fraile para un acto, como él mismo define, de trascendencia histórica; pero consternado en un principio por las represalias que el ejército de Napoleón venía haciendo, dudó también algunos instantes como el año anterior cuando quisieron nombrarle miembro de la propia Junta. Consultó en su perplejidad —dice así la Memoria silense— con el Padre Fulgencio, y éste le dijo que Dios le había salvado de mayores riesgos, y que esta petición venía dada por los que pronto serían legítimo Gobierno de España, por lo que era antipatriótico no aceptarla.

El Padre Moreno necesitaba tener mayor conocimiento de los hechos para echar —como él mismo decía al dirigirse al Padre Fulgencio— su imaginación a pacer, e ir tomando notas. El 27 de abril le enviaron un es-

---

(7) Aplicóseles en el juicio del Decreto 19 de abril de 1810, que no consideraba otro gobierno legítimo español que el de su majestad José I. Aquel mismo día fueron pasados por las armas don José Ortíz, el riojano Muro y los sacerdotes don Pedro Gordo, cura de Santibáñez de Ayllón y don Gregorio Navas, cura de Quintanar de la Sierra, comprendidos en el delito de conspiración antes citado.

Después de haber consentido las autoridades francesadas de Soria fuesen sepultados los cadáveres, ante la solemnidad y la simpatía hacia las víctimas que había despertado el acto, el alto mando militar ordenó sacar en plenas exequias, que se celebraban en la iglesia del Salvador, los cuerpos, irrumpiendo la tropa en el templo espada en mano, ordenando a algunos de los concurrentes a cargar sobre sus hombros los cadáveres, incluso a un sacerdote que tuvo que llevar el de su colega don Pedro Gordo, revestido como estaba con sus hábitos. Todos fueron transportados y colgados en las horcas del campo de Santa Bárbara. Allí permaneron muchos días siendo parcialmente comidos por los cuervos hasta que rotas las sogas y caídos los cuerpos se les sepultó en aquel mismo lugar, donde permanecieron hasta terminar la guerra de la Independencia, en que honrosamente se les dió sepultura en la colegiata.

El día 16 de aquel mismo mes, es decir pocos días después, las tropas del cura Merino lograron contra los franceses una resonante victoria en Hontoria de Valdearados, consiguiendo hacer 63 muertos, 97 heridos y más de 500 prisioneros. Entonces don Jerónimo Merino, en acto de represalia ordenó pasar por las armas veinte soldados franceses por cada vocal de la Junta ajusticiado y diez por cada soldado guerrillero que poco antes habían ejecutado en Aranda y otro número igual para vengar la muerte del cura de Hontoria, que pereció luchando en la refriega.

El cura Merino moralmente todavía muy impresionado por la muerte de sus amigos y colaboradores de la Junta, a los que acababa no obstante de vengar, atribuyó la victoria de Hontoria a una intervención del alma triunfante de las víctimas que protejeron a sus soldados desde el cielo, y así lo hace constar en la gazeta clandestina correspondiente al 28 de abril de 1812.

crítico o relación de lo ocurrido en Soria días antes, y la heroica y cristiana conformidad con que habían aceptado la muerte los Vocales de la Junta. Le citaron para el que sábado 2 de mayo dijese las honras fúnebres y el sermón en la iglesia parroquial de Santa María, en Salas de los Infantes.

El Padre Moreno tenía un conocimiento muy profundo de las Sagradas Escrituras. Cualquier acto, pero mucho más los trascendentales, conseguía relacionarlos oportunamente, casi siempre con gran originalidad, con pasajes de la Biblia.

El viernes por la tarde llegó a Salas, saludando a los nuevos miembros de la Junta que se encontraban allí, con un desprecio ante el peligro tan ejemplar, que su comportamiento era ejemplo que contagiaba el alto espíritu de heroicidad. Para tomar las más elementales precauciones, no se anunció la función al público hasta la misma víspera. La oración fue magnífica, apoteósica. Versó en el pasaje bíblico del libro primero de los Macabeos, capítulo II, versículo 22 y 28 (8).

«Non audiemus verba Regis Antiochi»... «En el presente reina la soberbia y el castigo, es tiempo de ruina y de furiosa cólera. Mostráros celosos de la Ley. No temáis las amenazas del malvado, pues su gloria se volverá en estiércol y gusanos».

Efectivamente, las crueldades del Rey conquistador Antiocho y la persecución exterminadora de los judíos, el refugio de muchos de éstos en las soledades de los montes, etc., se prestaba como anillo al dedo para celebrar el acto para el cual estaban reunidos, comparando a Antiocho con Napoleón Bonaparte. Todos quedaron emocionados y enardecidos con el sermón; todos, menos el mismo predicador, que apenas terminó, exclamó para sí: «En menudo lío me he metido». Comió con tres de los Vocales de la Junta. Como el Padre Moreno era hombre verídico, no dejó de ocultar su miedo. Lo mismo que días antes sorprendieron a aquellos desgraciados Vocales en una iglesia, podría suceder que les sorprendieran a todos ahora en Salas, durante la función.

Regresó rápidamente el fraile al Monasterio. Transcurrieron algunos días con cierta angustia, estando en todo momento preparado para escapar al monte en cuanto fuese necesario, ya que se había recibido un aviso de que anduviese con cuidado porque el contenido de la oración fúnebre había llegado a conocimiento del Intendente de Burgos, seguramente por obra de algún mal patriota o de alguna persona resentida o envidiosa. Se pusieron vigilantes en todos los caminos de acceso a Silos por donde

---

(8) Esta oración fúnebre se editó en Madrid en la imprenta de Sancha el año 1814. Un ejemplar de la misma se encuentra en la Biblioteca de Silos.



podían venir los franceses, y se previno a los amigos de los pueblos vecinos para que en caso necesario diesen la alerta.

La situación era bastante delicada, pues como sabemos con la detención de la Junta se cogieron los papeles del sumario, en los cuales había suficientes pruebas de inteligencia del Padre Moreno con los guerrilleros, y eso bastaría para preveer lo peor, en el caso de que fuese detenido.

No sabemos porque milagro las cosas quedaron así. No obstante, esas emociones y peligros que a cualquier otro hubiesen desviado su imaginación del enojoso asunto de los diezmos y del sumario por el motin de los excomulgados, no fue así para el Padre Moreno. El se las arregló para que nuevamente el alcalde de Barbadillo, el estudiante de Salamanca y el escribano recomenzasen las declaraciones de testigos, y sin mirar en gastos, trabajos ni molestias.

Un día el Comandante de los franceses de ocupación en Aranda de Duero, entregó a un paisano de aquella villa un parte con destino al Gobernador de Burgos. Le pareció hombre de confianza y a la vez interesado por el dinero. Le dió la importante suma de cien reales (equivalente a unas dos mil quinientas pesetas actuales) para que le prestase este servicio. Cuando llegada cerca de Burgos encontró un amigo suyo de Villalvilla. Increpóle este de mal patrióta si entregaba aquel despacho a su destinatario. Oyó el consejo, y cambiando de rumbo a su cabalgadura vino hacia Silos para dejar los papeles al cura Merino.

Al llegar al Monasterio habló con el Padre Moreno. Este leyó el despacho redactado en un francés no muy claro, pero pudo comprender que se trataba de una acusación contra un canónigo de Burgos llamado Agustín Ruiz y otra contra el Secretario de Policía de Palencia. El Padre Moreno puso aparte el papel e hizo que marchase inmediatamente a Contreras aquel mismo recadista para que previniese a un enlace que en dicho pueblo tenía el cura Merino. Seguidamente avisó al canónigo por otra persona de confianza a fin de que se pusiese a salvo. Días después se supo que por unos minutos no fue detenido aquel sacerdote en su propia casa. Como hemos indicado el tener la más pequeña relación con la Junta suponía la pena de muerte aplicada por sentencia sumarísima.

Entretanto el Padre Moreno iba recibiendo constantes felicitaciones por su sermón. si bien es cierto que no le habían pagado por aquellas honras fúnebres, estaba en medio de todo satisfecho ya que había contribuído a glorificar a unos héroes que murieron por la religión y por la patria.

### XIII

#### La soberanía del pueblo

Al iniciarse el verano de 1812, la Junta Provincial tenía comunicaciones muy frecuentes con el Gobierno de los nacionales, y los franceses comenzaban a decaer visiblemente, pues sus grandes ejércitos ibanse poco a poco eliminando, lo que aumentaba en la misma proporción el prestigio y autoridad de la Junta. Pero algo nuevo políticamente sucedía en España. Ya se hablaba sin discusión, por todos los patriotas, de la *soberanía del pueblo*, de las elecciones de Diputados a Cortes, de un balbuceo, en fin, de democracia, que los invasores, no obstante su antipopularidad, habían conseguido ir inculcando al pueblo español. En suma: ¿No eran esas las ideas de la revolución francesa, que los ejércitos de Napoleón extendieron por toda Europa? Muchos sacerdotes habían secundado este nuevo sistema político de elecciones a Cortes, pero el Padre Moreno desconfiaba en el fondo y cuando trataban de ello fruncía el ceño.

Muchos pensaban ya que la vieja Junta había de cesar y se debían preparar unas elecciones de nuevos Vocales, verdaderos Diputados a Cortes.

La Junta lo aprobó con entusiasmo y se acordó que don Pedro Velasco presidiera esta primera reunión para las elecciones, y que éstas tuviesen lugar en Silos, el 18 de mayo de aquel año 1812, lunes, segundo día de la Pascua de Pentecostés. Se pensó ¡cómo no se había de pensar! en el Padre Moreno para que predicase la misa del Espíritu Santo.

Llegó el tercer día de Pascua, es decir el 19 de aquel mes de mayo. A Silos acudió una animada concurrencia, repleta de esperanzas y de ilusiones, las cuales se vislumbraban en una victoria próxima contra los franceses. Muchos sacerdotes y paisanos vinieron de cerca de Burgos, de Pampliega, de algunas villas en donde todavía dominaban los franceses, con guarnición en plaza. Algunos llegaban con sus criados. Se dispuso la iglesia con bancos suficientes para todos, y pocos minutos antes de la hora fijada para la misa, el Padre Moreno acudió a la posada donde se hospedaba don Pedro Velasco. Entraron después con la comitiva en el templo, seguidos de los alcaldes, de curas y de otras dignidades. Dicho el evangelio, subió el fraile al púlpito, y conocedor como era de la ciencia bíblica, amañó un sermón magnífico, digno de que hubiese sido conocido por la Historia. Era una introducción política de la democracia, no obstante sus íntimas convicciones absolutistas. Sirvióse del texto de la Biblia en que Moisés da consejo a su suegro para que participasen mucho en el Gobierno de la Nación; es decir, la representación del pueblo, y expresó todo

un ideario original y oportuno propio del acto trascendental para el cual se habían reunido.

No se puede describir el entusiasmo de ese memorable día de primavera. Lucía un sol espléndido. Los más de los concurrentes no conocían Silos, por lo que quedaron admirados de las bellezas del Monasterio, dando por muy bien empleadas sus largas caminatas por estas sierras. Era de admirar la fidelidad de los labriegos, el unísono sentir de esas pobres gentes, esquilmadas por toda clase de contribuciones, que, durante siglos, vivían en la más espantosa rutina, incapaces de poder despertar. Una esperanza de redención se sentía en el aire. Quedaba mucho todavía que redimir en los pueblos, quedaba mucho que redimir en la humanidad. Algo, sin embargo, nuevo se intuía; algo desconocido, acaso un despertar de progreso que arrancararía a los pueblos europeos de un sopor y estabilización mileraria, cuya inercia era preciso vencer para progresar. Por eso precisamente se habían reunido allí en la misa del Espíritu Santo. La iglesia de Silos y el sepulcro de su Santo era un símbolo bien buscado, con su significado, como dijimos anteriormente, de rotura de cadenas, de opresiones, tanto materiales como del espíritu. Muchísimos años de lucha han de pasar todavía, de guerras civiles o casi civiles. La Humanidad llegaba a un momento que duraría acaso siglos. Una época de ciencia sin prejuicios, necesarios al dominio de la técnica, a un dominio que había de salir de la conciencia libre del pueblo. A veces se imponen las ideas de los vencidos (en este caso los soldados de Napoleón) que de esta forma pasaban también a ser vencedores.

La Guerra de la Independencia creó una solaridad y un concepto del valor popular. En lo que a esta región se refiere las órdenes dadas por la Junta se transmitían de alcaldía en alcaldía sin ser detenidas ni durante la noche, hasta recibirlas Don Jerónimo Merino. Era rarísima una delación, y sin existir verdaderos jefes se logró una unidad popular que antes de terminar la guerra consciente de su valor, es decir, de la libertad que Dios infundió en el hombre, determinó al pueblo intentar regirse por sí mismo.

En la organización del ejército, también a la villa de Silos le cupo el honor de ser un centro de aprovisionamiento y reparto de raciones. Precisamente el Padre Moreno, estuvo encargado de esta distribución, y no muy a gusto suyo. Dice en unas memorias, que esos hombres eran todavía muy incultos, y que por desgracia había algunos con espíritu de rapiña, y que cuando faltaban recursos solían producirse incidentes muy desagradables por lo general entre los que más vociferaban que luchaban por Dios y por España.

Los soldados pasaban continuamente por Silos, y en mayor escala hasta que el año siguiente 1813 evacuaron los franceses Burgos. La actuación

de esos guerrilleros no pocas veces abusiva e incorrecta no le agradaba mucho al Padre Moreno.

El Gobierno Nacional en la clandestinidad había mandado recoger la plata de las iglesias. En Silos pudieron ocultar bastantes objetos o redimir por dinero otros. De todas formas se llevaron seis cálices de tres libras, una bandeja que pesaba una libra, dos incensarios de cuatro libras y varios objetos más que procuraron fuesen los menos preciosos y que arrojaron todos ellos un peso de cuarenta y cinco libras que valieron 15.843 reales, suma enorme para aquellos tiempos. Las coronas de la Virgen se pudieron también ocultar.

El primer acto de comunidad después de largo lapso de tiempo en que el Monasterio quedó como dijimos, casi exclaustro, se celebró el día de San Mateo, 21 de septiembre de 1812. Entonces se encontraba la Junta en Villagonzalo de Pedernales, a una legua de Burgos, y se la dió cuenta de esta reunión de la Comunidad preparándose para una normal y pronta situación de las cosas. La Junta se había situado allí con la mira de entrar en Burgos apenas los ingleses tomasen el Castillo, pero un contratiempo que aquéllos sufrieron retrasó bastante la conquista de Burgos, por lo que a últimos de octubre la Junta se retiró a San Esteban de Gormaz. Entretanto llegaron a Silos unos ingleses acompañados de su intérprete y recogieron cuanto grano les fue posible, pero lo pagaron según consta en algunas actas del municipio. De la panera del Monasterio se llevaron los ingleses setenta y dos fanegas de cebada. Eran de la renta que el Convento poseía en Huerta de Rey. El resto del grano pudo salvarse, y, en efecto, era preferible tener mercancía efectiva que no ser pagados por vales, si bien consta también en otro documento que después de la retirada de los franceses el Padre Moreno se las arregló para cobrar las fanegas que se llevaron los británicos.

El primero de enero de 1813 en San Esteban de Gormaz, se comenzó a redactar de la Gaceta del Gobierno Nacional que habría de suceder al de José Bonaparte. El día 15 del mes anterior al indicado Gobierno había pedido permiso al Padre Moreno para instalar un hospital de Milicianos en el Convento de Silos trasladando el que tenían en Peñaranda de Duero en un antiguo palacio que perteneció a los Duques de Miranda. El Padre Moreno les indicó los inconvenientes de transportar heridos o enfermos a través de estas inhóspitas montañas sin caminos suficientemente aptos para que pasasen los carros, dando otras razones, pero sin mencionar, claro es, la molestia que se habría de causar al Monasterio, ya que si aquello francamente se exponía lo habrían de reputar de egoísmo. El hospital quedó instalado en San Jerónimo de Espeja, provincia de Soría.

En dicho mes de enero se presentó en Lerma una columna de cerca



de cinco mil franceses que pertenecían a la División de Palombini. Era de inquietar si llegasen a Silos, tal como se habían puesto las cosas, por lo que la gente que en dicho lugar quedaba se echó a temblar cuando supieron que esos hombres ocuparon Covarrubias. Las armas que queaban en Silos se escondieron cuidadosamente en Peñacoba.

No llegaron por suerte los franceses, pero anduvieron muy cerca, pues entraron en Castrocinza, donde se llevaron como último recuerdo todos los bueyes del pueblo.

El día 6 de febrero envió la Junta, desde San Esteban de Gormaz, un mensaje al Abad del Monasterio, que decía así: «Continúe Padre Abad de este Monasterio en la administración de sus rentas, manteniendo sus monjes y el culto divino, llevando cuenta de ese gasto, quedando por ahora a beneficio de la Nación el sobrante, cumpliendo también las cargas espirituales, para lo cual se le autoriza que cobre los atrasos de los diezmos y demás gabelas (9).

El 6 de abril se presentaron unos milicianos. Eran unos treinta o cuarenta, que se decían de la partida de los Borbones, y que no venían precedidos de muy buena fama. El Padre Moreno tuvo que emplear a fondo sus dotes diplomáticas para que no se quedasen dentro de la casa,

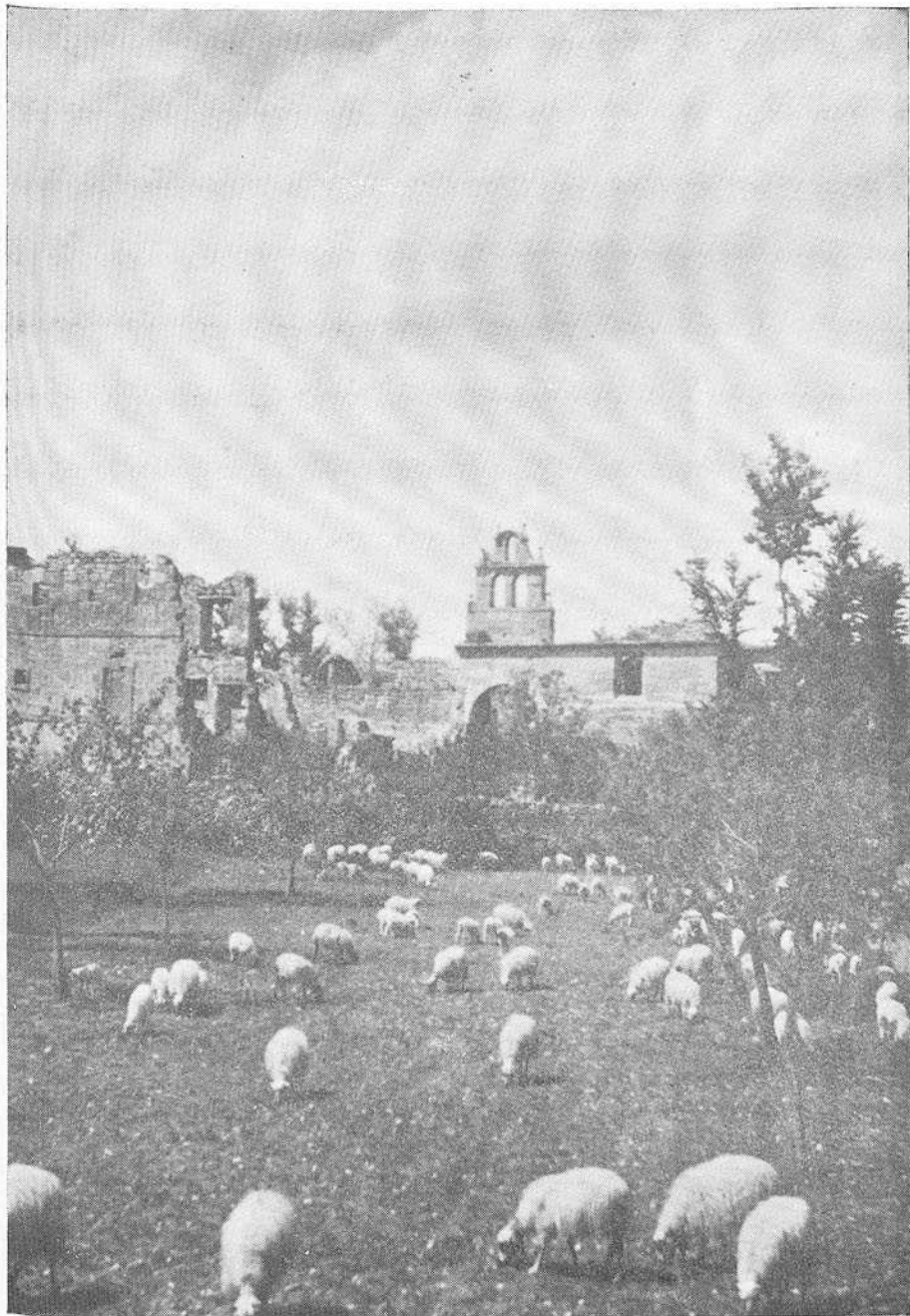
---

(9) El derecho del Convento de Silos a cobrar diezmos se basaba en que el monasterio había sido fundado en despoblado. Así se deduce del privilegio dado en año 1113 por el rey Don Alfonso VII el cual concedió al Abad Fortuinios, facultad para poblar junto al monasterio

No obstante a través de los tiempos ha sido tal el empeño de los clérigos de San Pedro y del concejo de Silos que se registran sesenta sentencias de otros tantos pleitos sobre la percepción de los diezmos y primicias, ganadas todas ellas por el monasterio, aún cuando los dichos clérigos fueron casi siempre patrocinados por los señores obispos. Hay una sentencia del tiempo del rey Fernando III y confirmada después en 1255 por su hijo Alfonso X el Sabio, en la que se manda que los vecinos de Silos paguen al monasterio todos los diezmos bajo la pena de mil doblones al caudal del fisco, contra aquel que contraviniese.

Estando el monasterio en su pacífica posesión de su iglesia parroquial, que es la principal y con varias declaraciones y bulas de que la iglesia de San Pedro estaba sujeta al Abad y al Convento, el año 1667 un vicario de San Pedro movió pleito ante el provisor de Burgos y la sentencia esta vez fue poco favorable para los monjes benedictinos. Entonces éstos apelaron al Nuncio de su Santidad no sin antes oponerse en derecho el fiscal lo que motivó una seria rivalidad entre el obispado y la abadía Silense. Entonces dijo el delegado Pontificio: «Que los curas de San Pedro non recojan las cédulas de comunión, ni den licencia para trabajar en el agosto, nin se introduzcan en las demas cosas y preeminencias que tocan y pertenecen al Abad de Silos».

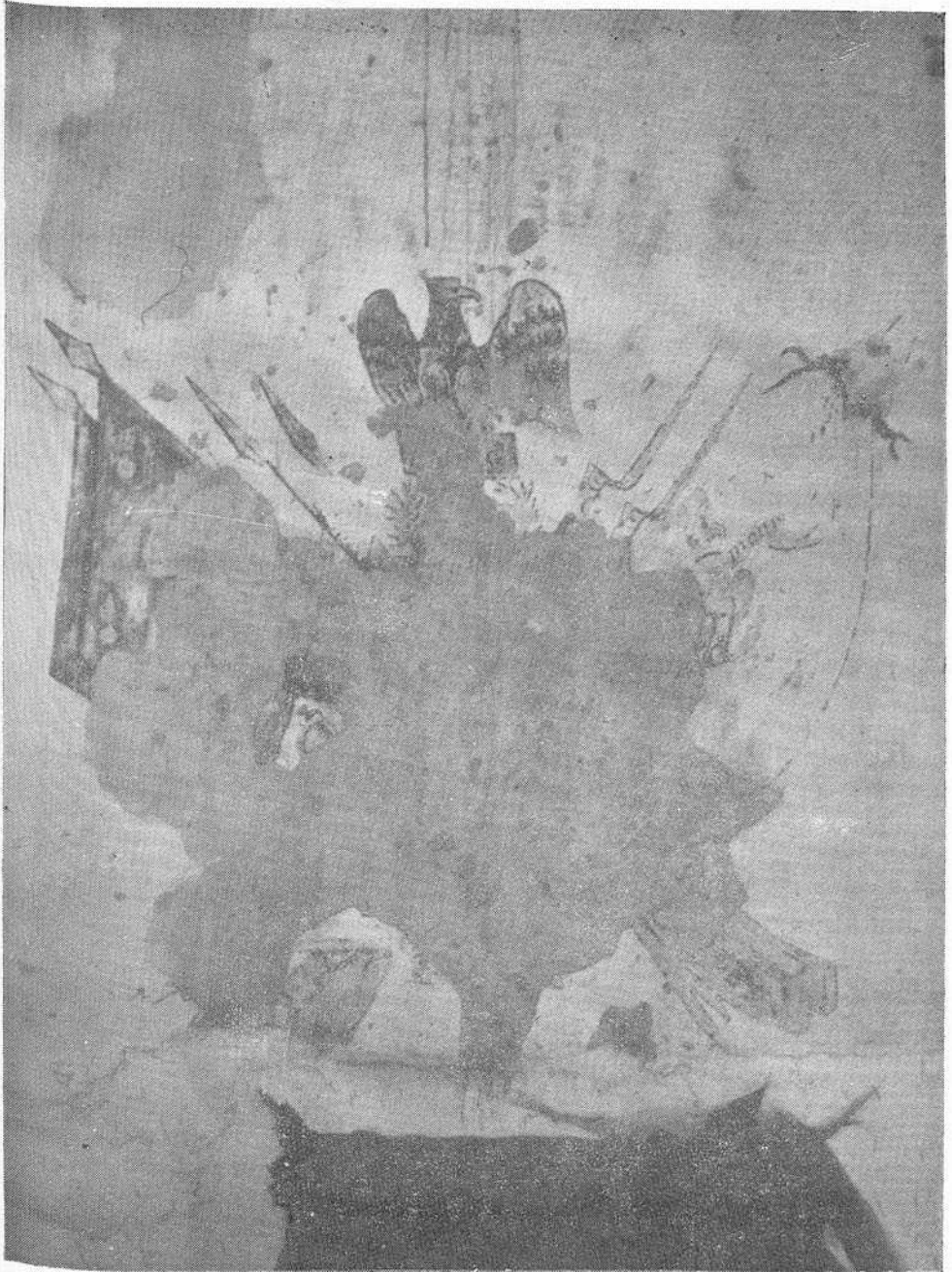
(Nota tomada de la primera parte de las memorias silenses). Se prepara para fecha próxima por un Padre Benedictino de Silos, la publicación literal y completa de estas memorias comenzadas en latin por el Padre Baltasar en el siglo XVIII.



SANTO DOMINGO DE SILOS.—Ruinas del convento de San Francisco.

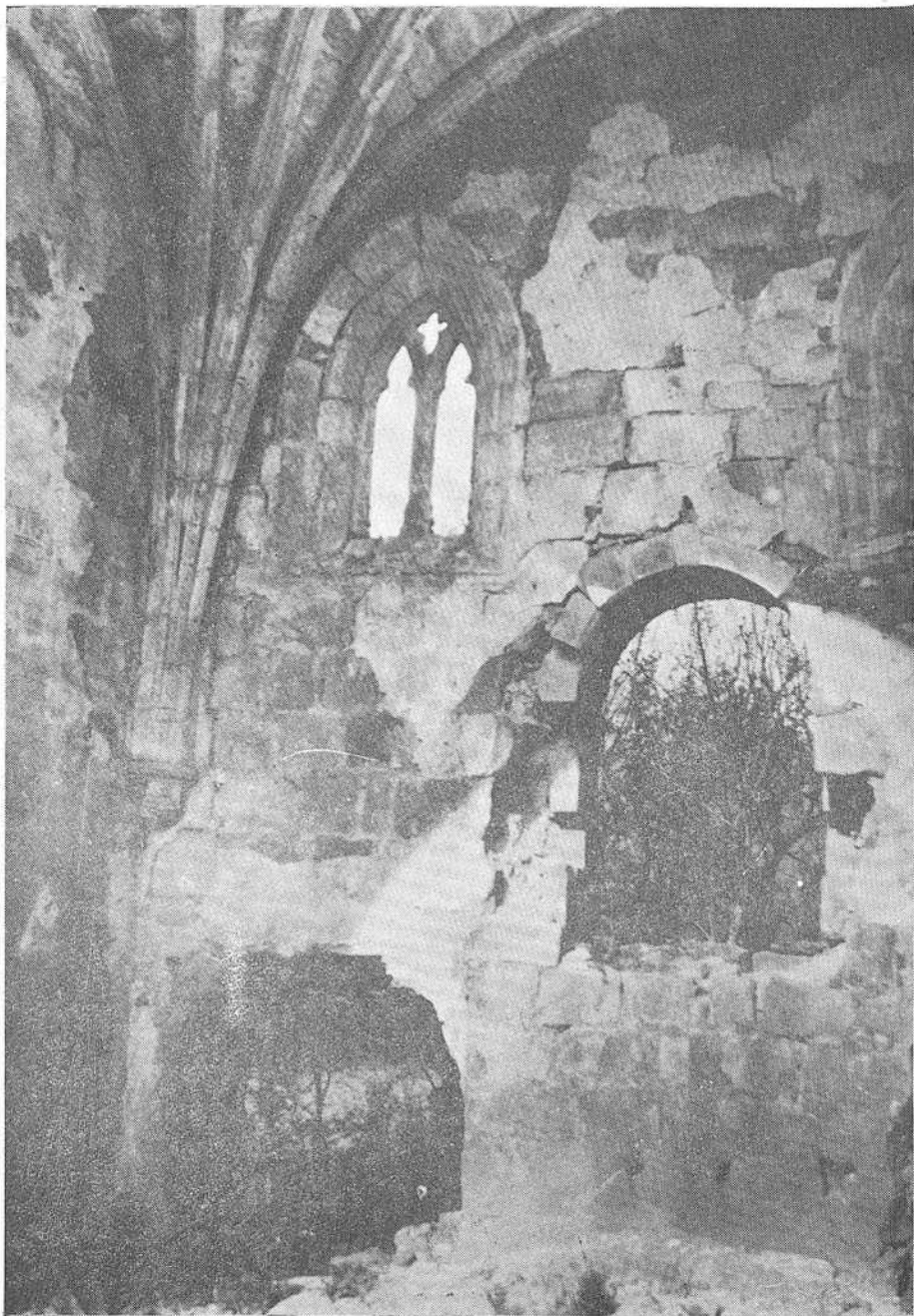


QUINTANA DEL PIDIO. — Casa que perteneció al Priorato de Silos.  
En el ángulo, detalle del escudo de la fachada.



Palacio de LERMA. — Restos de una pintura mural hecha por los soldados de Napoleón durante la ocupación de la fortaleza





Ruinas actuales del convento «Del veinte»

donde hubo necesidad, de todas las maneras, de alimentarles dos días. Pretendían llevarse, nada menos, que treinta mil reales. Dijeron iban a juntarse con don Jerónimo Merino, y así fue, pues al tercer día se reunieron con el cura guerrillero en las eras de San Francisco. Formaban aquellas eras en la primavera una hermosa pradera, muy verde y salpicada de margaritas blancas. Juntas ambas tropas, emprendieron el camino hacia Santibáñez.

Sin más incidentes en el convento, el día 13 de junio de dicho año 1813, se supo la gran noticia de la derrota de los franceses en Vitoria. Era el día de la Trinidad y se voltearon alegremente las campanas.

Hubo un momento de alegría —decía el Padre Moreno— en que nos vimos libres de franceses y de brigantes. Con júbilo fue a predicar a Covarrubias, a Barbadillo y a Sotillo de la Ribera; pero exclama seguidamente: Lo inaudito del caso es que sólo las Ordenes Religiosas continuaban en su cerco (según su juicio) todavía más cruel y odioso que si estuviesen dominados por los franceses. Para no morirnos de hambre vivíamos en la mayor opresión, bajo un dominio de nuevos advenedizos, que se quedaban en beneficio propio, con el oro, plata y alhajas, y pasaban ahora la cuenta de sus intervenciones, más o menos directas, de milicianos en la guerrilla, no cesando de robar y de desordenar cuanto pillaron sus manos rapaces. No podíamos dejar —sigue diciendo— que nos despojases un congreso de locos, digo de diputados, que tan bien habían aprendido la lección de los invasores. La impiedad e irreligiosidad se notaba a las claras. Ya no había ese respeto por las cosas santas. Era preciso —continúa el Padre Moreno—, que el amado Monarca Fernando VII de Barbón volviese, instalando de nuevo el absolutismo, y que barriese el cetro de ese grupo de hombres que decían representar al pueblo. El Gran Código (la Constitución) que redactaron era una copia vil de aquel que había sido impuesto en Francia.

#### XIV

#### Meditación entre capiteles

Estas últimas palabras de la memoria silense en relación con la Guerra de la Independencia, muestran claramente lo que había de suceder en nuestra Patria los largos años que siguieron en su trágica Historia.

El Padre Moreno con toda su inteligencia clara, con sabiduría bíblica, con sus dotes diplomáticas y su espíritu bondadoso, totalmente antibélico creyó de buena fe en la persistencia de unos privilegios o derechos que se estimaban inmutables. No pudo distinguir como el buen sembrador, la

cizaña del trigo. La cizaña desde comienzos de siglo era todo un lastre de derechos tradicionales que hacían imposible la verdadera justicia y el progreso.

¡Qué lección de humildad da a las clases que dominan, de vez en cuando, la providencia!

No cabe duda que graves defectos existían en lo tocante a lo temporal que afectaban también a las órdenes religiosas. La posesión de demasiados bienes las alejaban, a pesar suyo, un poco de Dios. ¡No se puede servir a dos Señores! —dice el Evangelio—. Si los legisladores civiles y canónicos creyeron en normas inmutables, perfectas; basadas en una filosofía del derecho tradicional, la Providencia venía a recordar a los hombres, incluso a los religiosos con sus tribulaciones, que ya no se cumplía la justicia, que una ley por sólidos cimientos que tenga, cuando las circunstancias cambian puede quedar caduca, puede dejar de servir a Dios, si no se aplica al bien común de los hombres. En este aspecto se creyó también en principios inconmovibles porque no hay mayor necesidad en el hombre que decir, cosa muy frecuente en aquella época, *para siempre jamás*. En efecto, esta última frase era el latiguillo de las donaciones, fundaciones o legados. Gran estupidez cuando todo lo que nos rodea, la tierra, la historia, las montañas mismas, respiraban mutalidad y perecimiento. Sólo en el amor de Dios a través de la llama de la caridad (llama que convirtió al sabio Pascal) estaba la verdad definitiva. Efectivamente, de aquel amor surgirían nuevos milagros entre los cuales podemos contar el de la restauración, muchos años después, de este Monasterio de Silos por el Padre Guepin, descendiente, no obstante, de esos temidos invasores revolucionarios.

Transcritas estas memorias silenses volví los manuscritos y los libros de cuentas al archivo. Este trabajo me ha llevado unos días, a la vez de labor y reposo encantador; pocos desgraciadamente es verdad, salteados durante los meses de diciembre, enero y febrero de 1961 y 62. Cuando lo terminé el tiempo no era tan claro como aquellos días de diciembre en que inicié esta historia, pero el sol se iba levantando más sobre el horizonte y, a mediodía, en el claustro cuando sus rayos salían entre algunas grietas de nubes llegaban a iluminar directamente el estanque del centro, y, los pececillos de colores los recibían gozosos después de una sombra que duró más de mes y medio. Yo también me paseaba gozoso por aquel claustro. Algo sentía en torno a mí y ese algo no era precedero.

Me paseé en esas horas meridianas, un poco antes de entrar al rectorio, y después, durante la noche, terminadas las Completas, cuando ya todas las luces se habían apagado y un ligero resplandor del Cielo, más o menos estrellado, permitía deambular por las galerías, entre los arcos de

los capiteles románicos. Comparé esa marcha en ese silencio y en esa hora propicia a la meditación al oscuro e incierto caminar de la vida. Yo pensé entonces que en esa oscuridad debía de andar con cuidado, pero sin demasiado miedo, acordándome del salmo 90: «No temerás espantos nocturnos». Te llevarán en palmas, para que no tropiece tu pie en ninguna piedra. «Super aspidem et basiliscum ambulabis...», «sobre aspides y basiliscos andarás y hollarás al león y al dragón», Nuestros pasos en la vida, incluso en la paz y en la santidad de los claustros, están sembrados de basiliscos y de dragones, porque el mal es el marco misterioso que hace destacar la belleza y la bondad, dándolas valor y relieve,

En mi celda, que fue la del Padre Moreno, sentí una tentación, algo así como un impulso de transcribir, ordenar y publicar unas Memorias inspiradas en el puro realismo de los hechos, tanto en sus humanos defectos como en sus heroicas y buenas cualidades. El Padre Moreno careció de tiempo, como a todos nos pasa, para ver con perspectiva suficiente y enjuiciar su época, y creyó también en principios inmutables del derecho. Su virtud fue la de defender unas posiciones materiales, como verdaderas ciudadelas de Dios, pero en ello estaría también su defecto. Su sombra —me dijo en la celda— si estas Memorias acaso no se han publicado antes por miedo a causar escándalo, pasa por encima de los espíritus mojigatos. La virtud del religioso, la virtud del cristiano, está en reconocer sus propios defectos, sin los cuales el mérito no existiera. Lleva el trabajo hasta el final sin variar su sentido. Sé progresivo, cree en la libertad del espíritu humano, desconfía de todo dogmatismo político, económico o social, fuera del amor de Dios a través de la llama caritativa. La flexibilidad se amolda mejor al ritmo de la creación, como las mareas se mueven en ondas al viento que las fortifica antes de madurarlas. La rigidez es seca, no resiste los fuertes huracanes que la quiebran, como árbol sin savia que se convierte en leña.

Y con estos pensamientos y unas cuartillas entre mis manos, regresé de Santo Domingo de Silos en un Renault de cuatro caballos.

PROSPERO GARCIA GALLARDO